

# EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



## USCRICION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 24.—Seis id. 56.—Un año 70.—El número suelto 5 reales

N.º 20. Tomo I.—VIERNES 16 DE AGOSTO 1874.

Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

## USCRICION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribirse en las principales librerías del reino correspondientes de la casa.

## RESUMEN.

Biografía: D. José Álvarez, por D. José Amador de los Ríos.—Pentápolis, canto segundo, por D. J. Zorrilla.—Antiguas Cortes en España, por D. Bonifacio Gomez.—Unas hojas marchitas (novela), conclusion, por D. Balomero Menéndez.—Las mujeres en tiempo de los patriarcas, por D. Camilo Alonso Valdespino.—Viajes, por D. Enrique Gil.—Revista de la Quincena, por D. Juan Pérez Calvo.—Canciones de Beranger, por D. A. F. del Río.

## BIOGRAFIA.

### D. JOSÉ ALVAREZ,

CÉLEBRE ESCULTOR CONTEMPORÁNEO.

El siglo XVIII, dice Mr. V. de Cousin en su primera lección de la *Historia de la Filosofía*, no es el siglo de las artes. En efecto, si tratamos de buscarlas en el siglo XVIII con su carácter propio, carácter que esté de acuerdo esencialmente con las creencias y los instintos de la generación pasada, difícilmente podremos hallar la mas ligera huella de las artes, tales como nosotros las comprendemos. El siglo último, devorado por un escepticismo cruel, combatido por las mas horribles dudas, ni podía entregarse de lleno á las inspiraciones del sentimiento religioso, ni adormido en brazos de la paz, crear un mundo verdaderamente poético, en el cual pusieran las artes su asiento. La escultura, asi como la pintura, careció por esta causa de animación y de color propio: cansados los artistas del tormentoso presente que tenían ante sí, quisieron recurrir á la escultura de los griegos para dar formas á sus producciones; y como las artes no pueden aparecer en todas las épocas con un carácter determinado, como están destinadas á revelar el estado de cultura de cada pueblo, las obras de los escultores del último siglo fueron un anacronismo lastimoso en la *Historia de las artes*.

No es asunto de un artículo biográfico el deter-

minar hasta qué punto deben imitarse en nuestros dias las creaciones de la escultura griega, en cuya cuestión tenemos el sentimiento de no estar conformes con escritores respetables: nuestra opinion es, sin embargo, que la *belleza ideal* de la escultura cristiana debe distar mucho de la *belleza ideal* de los griegos, asi como la teogonía pagana está tan apartada del cristianismo.

Cuando toda Europa carecia de un artista que mereciese el nombre de tal, no era en verdad España la nación que podía vanagloriarse de poseer muchos ingenios, que sobreponiéndose á los escrúpulos de su



Retrato de D. José Álvarez

época resucitaran en nuestro suelo el amortiguado gusto de las artes, y con ellas la gloriosa memoria de los Céspedes y Berruguetes. Las artes como las letras se reponían difícilmente de su lamentoso letargo, y á los desaciertos del *Churriguerismo* venia á suplantar la imitación francesa, fria y descolorida en extremo. Sin embargo, á mediados de ese siglo nació de humildes padres en el mismo suelo en que Céspedes (1) un niño que sin educación artística de ningún género, luchando en los primeros años de su vida

(1) Céspedes nació en la misma ciudad de Córdoba, á cuyo reino pertenece Priego.

con la indigencia y abandonado á los instintos de su corazón, habia de admirar con sus obras á la culta Europa, restaurando el buen nombre de los artistas españoles de los siglos XVI y XVII. Este niño era don José Álvarez y Cubero.

Tiene la gloria de ser su patria la villa de Priego, asentada en los confines de los reinos de Jaén y Granada, en donde vió la luz en 22 de abril de 1768. Era su padre de oficio marmolista, y apenas podia levantar el mazo nuestro futuro escultor, cuando ya se vió precisado á ayudarle en sus penosas tareas. Manifestóse desde luego ágil en semejantes trabajos, y encargado su padrino don N. Álvarez de Pedrajas de la direccion de la obra del convento del Paular, llevóle consigo á aquel monasterio, en donde el genio de Álvarez comenzó á desarrollarse espontáneamente. Conoció, pues, que habia nacido para ser algo mas que un simple picapedrero, y cuando se principió el famoso *trasparente* de dicho edificio, dió inequívocas muestras de su gran talento, esculpiendo algunas estatuas, que si bien abundaban en defectos no por eso dejaban de revelar al artista.

No fué esta muestra tan apreciada como debiera; y terminada la obra del Paular volvió Álvarez á su pueblo, llevando no obstante en su corazón el deseo de probar sus fuerzas en un arte que tanto amor le inspiraba, y alimentando ya la noble ambición de gloria que guió despues todos sus pasos. A falta de maestros y de modelos ejercitábase en diseñar los órdenes de arquitectura en las paredes y las piedras que desvastaba, creciendo su entusiasmo á medida que crecían sus años. Contaba ya 21, cuando le asaltó la idea de abandonar á su pueblo y á su familia, que se oponia á sus proyectos; y dirigióse en 1789 á Granada, en donde halló buena acogida entre los profesores, quienes al ver la facilidad con que copiaba los vaciados del *antiguo*, le aconsejaron que pasase á Madrid, en cuya Academia, con el estudio de las mejores obras de nuestros artistas, podría dar rienda suelta á su inclinación.

Acogió nuestro Álvarez el consejo con admirable fé, y volvió á Priego para despedirse de sus padres. Ocupaba á la sazón la silla episcopal de Córdoba un varon ilustre y muy dado á las artes, que se complacía en proteger á los que en su diócesis manifestaban alguna disposicion para su cultivo. Debíale ya don Diego Monroy, pintor, que habia sido albañil, una solícita protección; y noticioso del buen talento de Álvarez le llamó tambien á Córdoba y dióle habitación en su palacio, poniéndole bajo la direccion de un es-



cultor francés llamado Berdiguer, hombre ridículamente estafalario, en quien anidaba aun el *Churriguierismo* con todos sus extravíos y caprichos.

Iniciado Alvarez en el conocimiento del *antiguo*, vió con asombro que las obras de su maestro en nada se parecían á las griegas, ni menos al natural; y dotado de un carácter franco y sencillo no tuvo dificultad en manifestarlo así al buen Berdiguer y despues al señor Caballero, que tal era el nombre del obispo, con quien, ofendido aquel por el atrevimiento de Alvarez, logró al cabo indisponerle. Tuvo el prelado por indocilidad lo que era buen sentido, y reprendió severamente al discípulo de Berdiguer, amenazándole con retirarle su gracia si no se enmendaba para adelante. Esta reprimenda manifestó á Alvarez que no le quedaba esperanza alguna de mejorar de suerte al lado del escultor francés, y resolvióse á dejar á Córdoba, para lo cual pidió permiso al obispo, que no puso en ello resistencia alguna, dándole ademas una corta suma para el viaje.

Encaminóse Alvarez á Madrid y acabó en un mismo dia el viaje y el dinero, viéndose en una poblacion tan populosa sin medio alguno, ni relaciones de ningun género. En semejante conflicto no tuvo otro recurso mas que el de ponerse á trabajar de cantero, resuelto ya á salvar cuantos obstáculos se opusieran al logro de la grande idea que era toda su existencia. Mientras sus brazos se ejercitaban en un trabajo grosero y penoso, mientras rendian su cuerpo el sol y las fatigas, la imaginacion de Alvarez se remontaba á otras regiones mas puras, y con el sentimiento de la belleza, con la esperanza en el corazon, dulcificaba todos sus sinsabores y los hacia mas llevaderos. Matriculóse en 23 de abril de 1794 en la Academia de S. Fernando, á la cual asistía de noche con la imaginacion fresca, aunque con el cuerpo cansado; y en menos de dos años aventajó á todos sus discípulos, que llevaban largo tiempo de estudio, llamando vivamente la atencion de los profesores. Llegaron á oídos del señor Caballero los rápidos adelantamientos de Alvarez, y arrepentido de haber dado crédito á las imposturas de Berdiguer, escribió á su antiguo protegido, señalándole una pension mensual para que se dedicara exclusivamente á perfeccionar sus estudios. Esta fué la primera recompensa del genio, este el primer galardón de los triunfos que le esperaban.

Publicó en 1798 la Academia de S. Fernando los premios generales, dando pábulo á los jóvenes artistas para ensayar sus fuerzas, y desde aquel momento concibió Alvarez la idea de hacer oposicion al primer premio, animándole la confianza de que no encontraría quien le disputase el deseado triunfo. ¡Tan segura estaba su conciencia de su genio!... La Academia vió con placer y admiracion la obra presentada por Alvarez, y no pudo menos de adjudicarle el primer premio en el concurso de 1799. Este era el segundo paso que daba Alvarez en su gloriosa carrera.

Noticioso el rey de su aventajado talento é informado por la Academia de las grandes esperanzas que habian hecho concebir sus producciones á todos los hombres entendidos en artes, resolvió en 21 de julio del mismo año de 1799 señalarle una pension para que pasase á París, corte á la sazón del buen gusto, con el objeto de que prosiguiese en ella sus estudios. Fué en la capital de Francia discípulo de Mr. Dejoux, mas digno en verdad de ser maestro de un genio como Alvarez que su compatriota Berdiguer; y deseoso de rivalizar con los mas distinguidos jóvenes de aquella corte, hizo oposicion en 1802 al premio ofrecido por el Instituto de Francia. Tuvo Alvarez la misma buena suerte que en Madrid, y llenó con su obra de admiracion á los jueces, que no titubearon en asignarle el prometido premio. Pero la condicion de extranjero fué causa de que no disfrutara de las ventajas ofrecidas: debia ir pensionado á Roma el que obtuviese el premio, y nuestro compatriota tuvo que contentarse con ser coronado en el Instituto, recibiendo una medalla de oro, en la cual se veia inscrito su nombre. Consiguio Alvarez este nuevo triunfo en 15 de vendimiario del año X de la república, y halagado de esta manera por la fortuna, que tan propicia habia empezado á mostrársele, recobró nuevas fuerzas é hizo firme propósito de no volver la vista atrás en tan gloriosa carrera. ¿Ni cómo podia ser otra cosa?... Alvarez que habia abandonado

el mazo de picapedrero para tomar el cincel de escultor, que desde la más deplorable miseria y oscuridad habia llegado á ocupar el primer puesto entre los jóvenes artistas de Madrid y de París, no podia menos de redoblar la fe y la esperanza, que habian animado sus primeros pasos, á medida que encontraba mayores dificultades y alcanzaba mas honrosas distinciones, porque esta es la condicion del genio.

A los dos años de haber llenado de envidia á unos y de admiracion á otros, debia el Instituto celebrar exposicion pública, y deseoso nuestro ilustre compatriota de dar otra prueba de su genio y de su incansable aplicacion, presentó en ella una hermosa estatua de Ganimedes, que se conserva en la galeria de escultura de la Academia de nobles artes de S. Fernando. El marmolista de Priego habia logrado sorprender las grandiosas formas de la escultura de los Phidias, y aunque todavía se hallaba á largo trecho de la meta, á donde habian de llevarle despues sus estudios y su talento, no pudo menos su nueva creacion de granjearle los aplausos de los hombres doctos y sensatos y un segundo premio, que consistió en otra medalla de oro de quinientos francos, siendo coronado en el mismo Instituto por mano del capitán del siglo. ¡Sorprendente espectáculo para Europa, sublime recompensa del genio, acatado por el genio!... Alvarez era un artista digno de ser coronado por Napoleon.

Habia emprendido entretanto el discípulo de Mr. Dejoux un estudio concienzudo de la anatomía del cuerpo humano, para conocer profundamente los resortes de la naturaleza y el efecto producido por la pasion; y alentado mas y mas por sus honrosos triunfos, formó el proyecto de aplicar este estudio á la escultura de los griegos, resultando de esta comparacion la grandiosidad de las formas que adoptó para sus obras y la filosofia que todas ellas respiran. Hé aquí cómo nosotros comprendemos el estudio de las artes griegas, cuando se toman por modelo en las creaciones modernas. Imitar servilmente el *antiguo* es la obra de los rutinarios: compararlo con la naturaleza y sacar de esta comparacion sazonados frutos, es la obra del talento. Alvarez no podia menos de elegir el buen camino.

Contaba ya treinta y seis años, cuando enamorado tiernamente de doña Isabel Bougel, señora de una familia distinguida y oriunda de Dunquerque, contrajo con ella matrimonio, naciéndole al poco tiempo un hijo, que habia de heredar su nombre y su gloria, si bien le arrebató la muerte en medio de su brillante carrera. Abridaba Alvarez desde sus primeros años de artista el deseo de visitar á Roma, á cuya capital se extendia tambien la pension concedida por Carlos IV, y preparado ya con tan insignes estudios, resolvióse á pasar á aquella capital, en donde se conservaban las obras originales de la escultura griega, en donde se admiraban tambien las creaciones del arte de Michael Angelo. Llegó á Roma el artista laureado en mayo de 1805, y sin tomar descanso alguno, sin dar tiempo á que los profesores, que ya conocian su nombre, acudieran á felicitarle, su primer cuidado fué dirigirse á la *Galeria de Escultura del antiguo*, para contemplar y admirar al propio tiempo á los Phidias y los Praxiteles. Alvarez, que solamente conocia estas magnificas producciones por los vaciados, se sintió arrebatado de entusiasmo á vista de tantas bellezas, advirtiéndole al par que le quedaba aun largo trecho, para llegar al término que se habia propuesto. Decidióse entonces á imitar las obras del *antiguo*, y ensayóse en hacer varias estatuas del *estilo gracioso*, en las cuales, á pesar de ceñirse demasiado á la imitacion, dió tambien claras pruebas de su buen talento. No sabemos nosotros, sin embargo, si estos estudios fueron ó no perjudiciales al genio de Alvarez, si contribuyeron ó no á que perdiese algun tanto la originalidad que sus primeras obras respiraban. Bástenos saber que las imitaciones de Alvarez no llegaron á ser nunca descoloridas, y que su genio no perdió tampoco la espontaneidad y la lozanía en las concepciones.

Sintióse al fin animado de mayores fuerzas, y acometió la empresa de esculpir un grupo colosal de *Numantinas*, pagando así un justo tributo á la historia del pais que le habia alimentado en su seno. Muy adelantada tenia ya el ilustre marmolista aquella obra, cuando acaeció la invasion francesa en nuestra pe-

nínsula, quedando suspendida la pension que disfrutaba de nuestro gobierno, y viéndose precisado á abandonar el grupo, que á poco tiempo fué enteramente destruido. Y no paró en esto la desgracia de Alvarez: el gobierno francés, que se enseñoreaba de toda Italia, exigió de él que reconociera al intruso José, cuya dominacion era harto costosa á los ejércitos de Napoleon y pesada á los españoles; y el ilustre escultor, que habia sido laureado por mano del nuevo César, se negó abierta y noblemente á semejante reconocimiento, siendo conducido por esta causa al castillo de Sant Angelo. ¡Accion digna de toda alabanza, y que manifestaba la grandeza de alma del marmolista de Priego!...

Quedó la familia de Alvarez hundida con este acontecimiento en el mas lamentable abandono; pero esta persecucion, que solo podia cohonestar la celebridad de Alvarez, puso en claro el grande aprecio en que era tenido por los demas profesores que residían á la sazón en Roma. El célebre Mr. Letiers, director de la Academia de Francia en aquella capital, y el distinguido Canova, fueron, sin embargo, los que mas se señalaron en obsequio del prisionero de Sant Angelo, prodigando á su honrada esposa, que se veía sola y en pais extranjero con dos niños de corta edad, los mayores cuidados. No olvidó Alvarez la noble conducta de los protectores de su familia, y cuando restituido á la libertad, pudo manifestarles su reconocimiento, probó que no habian acariciado á un ingrato.

A su salida del castillo esperaban al escultor corodobés nuevos laureles: encargáronle un grau frisbajo-relieve, dividido en cuatro asuntos alegóricos al sueño, y en estas producciones dió una prueba de que no se habia agotado su ingenio en el calabozo de Sant Angelo. Muy poco conocidos son en España estos bajo-relieves, y por esta causa nos parece conveniente dar aquí una ligera idea de ellos. Destinados á decorar la habitacion que habia de servir de dormitorio al emperador Bonaparte, creyó Alvarez oportuno representar en ellos los mas famosos *ensueños* de la antigüedad, reservando uno solo de los cuatro al memorable y heróico esfuerzo de los espartanos en el estrecho de las Termópilas. Este es en nuestro concepto, segun el grabado que tenemos presente, el bajo-relieve de mas mérito de los que debian enriquecer el palacio Quirinal, á donde con otras obras de Finelli y de Torwaldsen fueron conducidos despues de la caída de Napoleon. Representa, pues, á Leonidas rodeado de sus guerros en el momento de prepararse para el combate, lavándose y rizándose los cabellos para arrostrar la muerte mas *limpios y lucidos*: Leonidas aparece á la izquierda del espectador animando á sus valientes por la batalla, los cuales escuchan con inflamado corazon la voz de su caudillo. A la derecha se ve entre las rocas, y al lado del rio Esperchio un guerrero persa que con la mayor astucia observa aquella escena y cuenta el número de los combatientes que formaban el ejército de Leonidas. Dió Alvarez á los personajes de este bajo-relieve formas verdaderamente griegas, siendo esta la ocasion de observar que cuando se imita la escultura de los Phidias en asuntos como el presente, no puede menos de producir esta imitacion, siempre que sea inteligente y juiciosa, los mas plausibles resultados. Hé aquí la razon por qué nosotros insistiremos en que entre la escultura del renacimiento, la escultura cristiana y la escultura de los pueblos del Archipiélago, debe existir una diferencia capital, diferencia que basta á caracterizar una y otra.

El segundo bajo-relieve representa el sueño de Ciceron en el Capitolio. Refiere Plutarco que vió en sueños este ilustre orador, antes de que fuera conocido Pompeyo por sus proezas, y nombrado Julio César dictador de la república, á Júpiter convocando la juventud romana al Capitolio, para dar señor á la capital del mundo. Llegaron todos los jóvenes ante la estatua de Júpiter, y al acercarse á ella Octaviano, levantó aquella su diestra, diciendo estas palabras: «éste es: sus órdenes harán deponer al fin las temidas armas, y cesará la civil discordia.» Tal es el asunto escogido por Alvarez para este bajo-relieve. La composicion es sencilla, y está concebida dignamente, abundando en bellezas y siendo muy notable toda esta produccion por la severidad y grandiosidad de las formas.



El tercero representa á Aquiles despues del vencimiento de Héctor, apareciéndosele en sueños la sombra de su amigo Patroclo. Esta escena, que con tan admirable dulzura fué escrita por Homero, recibió bajo el cincel de Alvarez una nueva vida.

El cuarto contiene uno de los hechos mas notables de la vida de César, escrita por Plutarco. Cuenta éste que saliendo el cónsul romano á visitar su campamento en una de las noches que precedieron á la derrota de Pharsalia, se iluminó todo el campo repentinamente, brillando las armas de César como en mitad del día, y ardiendo sobre su cabeza una llama que pasó despues á los espantados reales de Pompeyo. Este asunto, que tanto se presta á la poesía, fué tambien tratado por Alvarez con acierto, viéndose al lado de César los principales personajes de su bando, tales como Antonio, Domicio Calvino y Cayo Crasino, que con tanto calor sostenian la guerra contra Pompeyo. La ejecucion de este bajo-relieve, así como las formas de su diseño, son dignas verdaderamente del ilustre marmolista de Priego. Deseoso su hijo

en 1825. Otras muchas corporaciones se apresuraron á inscribir en la lista de sus socios el esclarecido nombre de Alvarez, pagando así el tributo debido á sus inmortales obras. Era su estudio el punto de reunion de todos los hombres mas señalados en artes y en letras, que moraban á la sazón en Roma; era un verdadero Liceo. Cuantos extranjeros visitaban la antigua capital del mundo, acudian á casa de Alvarez para contemplar sus obras; cuantos artistas iban á estudiar las creaciones de las artes griegas y de las artes del renacimiento, tenían por un deber imprescindible el acudir á la casa de Alvarez, para pedirle lecciones y consejos. Y hé aquí al picapedrero de Priego ocupando uno de los primeros puestos entre los artistas de Europa.

Animado Alvarez de un sentimiento patriótico, al escuchar las proezas de los habitantes de Zaragoza en la lucha sostenida contra las huestes de Napoleon, quiso legar á su patria un testimonio de su reconocimiento y de su lealtad. El magnifico grupo que posee el real Museo de Madrid fué parto de este noble

pensamiento. Representa á un jóven en el acto de defender á su padre de los golpes enemigos, dotado de tan varonil expresion, y ejecutado con tanto acierto y maestría, que bien puede competir con el famoso grupo de Ajax y Patroclo, tenido por una de las mas valientes obras de la antigüedad. Alemania y Francia se apresuraron á hacer á Alvarez las mas ventajosas proposiciones para adquirirlo: el príncipe de Metternich no omitió medio alguno para conquistar á su patria tan insigne trofeo del valor y de las artes españolas. Pero Alvarez esquivó tan honrosas propuestas, con testando á las instancias de ambas naciones, que no podia disponer de su obra sin el consentimiento de su rey y de su patria.

Dirigióse en este propósito al gobierno español participándole aquel empeño, deseoso de conocer la voluntad del monarca; pero no obtuvo contestacion alguna á sus reverentes exposiciones, y resolvióse al cabo á venir á Madrid para ofrecerle en persona el fruto de sus importantes tareas. Aceptó el gobierno la ofrenda de Alvarez; pero á condicion de satisfacerle únicamente los gastos que le habia ocasionado la ejecucion de su grupo, condicion bastante mezquina para un artista á quien acababan de hacerse por otras naciones los ofrecimientos mas brillantes. Alvarez prefirió esta humilla-

cion, á que fuese su obra á adornar un museo extranjero, y pasó por el bochorno de presentar sus cuentas á una junta de peritos nombrada por el ministro de España en Roma, que envidioso tal vez de las distinciones que en aquella corte le prodigaban, se habia propuesto causarle los mayores disgustos y vejaciones.

Pero en 26 de febrero de 1818 fué Alvarez nombrado escultor de cámara, concediéndosele al mismo tiempo la cruz de distincion de prisioneros civiles, pareciendo que se trataba de premiar su mérito y de reconocer con este acto su lealtad y acrisolado patriotismo. En 19 de noviembre de 1823 fué honrado con el empleo de primer escultor de cámara, y á los tres años regresó segunda vez á Madrid, encargándole entonces el rey la formacion de la *Galeria de escultura* del Museo, que llevó á cabo con su acostumbrado celo é inteligencia; haciendo entre tanto varias obras, tales como la *estátua de la reina Luisa*,

que se conserva en dicho Museo, un *amorcillo con un cisne*, que se halla en el Casino real, la *estátua de la difunta marquesa de Ariza* y su sepulcro, el retrato del *infante don Francisco de Paula*, y otras cosas de igual mérito, que contribuyeron á sostener su crédito y hacerle de día en día mas estimable.

Muy cortó tiempo gozó Alvarez de la satisfacción que le proporcionaba el verse honrado en su país, si bien distaba mucho el tratamiento que recibió en España de las distinciones que habia merecido á las cortes extranjeras. Pasó, pues, de esta vida el día 26 de noviembre de 1827, cuando apenas rayaba en los 59 años, edad en que podia aun prestar eminentes servicios á las artes españolas; y fué enterrado en el campo santo extramuros de la puerta de Fuencarral, acompañándole al sepulcro las lágrimas de su familia y el sentimiento de sus amigos.

Tales son los principales acontecimientos de la vida de don José Alvarez y Cubero, artista que ha dado mas honra á España en los tiempos modernos. Alvarez llenó todas las condiciones del genio; luchó con la pobreza, agotó todos los recursos de una suerte desgraciada, y logró al cabo vencer los mas insuperables escollos, que habrian arredrado á otros corazones de menos valor y perseverancia. Por eso no puede menos de interesar á las almas nobles la narracion de estos hechos, que nosotros hemos referido con la mayor brevedad, temerosos de hacer este artículo demasiado largo. Para terminarlo trasladamos aquí la estrofa que consagró á su memoria el Excmo. señor duque de Frias en una oda leída en el concurso general de 1831, celebrado por la Academia de san Fernando, para la adjudicacion de premios:

«Ese que colosal mármol admiro,  
donde con noble y bélico talante  
fuerte mancebo impávido sostiene  
á un anciano espirante,  
á quien la lanza polonesa ruda  
sanguinaria destroza,  
recuerda á Zaragoza.

.....  
¡ Alvarez inmortal! tambien tu genio  
en la ciudad de Rómulo famosa  
supo un tiempo brillar; la tumba umbria  
hoy te cubre á mis ojos,  
mas no á la gloria de la patria mia.»

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

## PENTÁPOLIS.

### CANTO SEGUNDO.

#### I.

Faltó la luz de los divinos ojos  
en la comarca de la tierra impura  
y el sol la iluminó con rayos rojos  
de sangriento color: por su llanura  
barrió sus mieses, árboles y abrojos  
ráfaga ardiente. Por do quier augura  
la lobreguez en que la tarde cierra  
la enemistad del cielo con la tierra.

#### II.

Pronto los gigantescos nubarrones,  
que aglomeró tempestuoso el viento  
robaron á los ojos las regiones  
de la extension azul del firmamento.  
Pronto impotente el sol sus pabellones  
no pudo atravesar, y en tal momento  
á mitad de la tarde espiró el día  
por el recinto de la tierra impia.

#### III.

Sobre ella solo el colosal nublado  
se cernía en los aires suspendido,  
el cerco de su suelo condenado  
dejando con su sombra oscurecido.  
Mas dejando á la par iluminado  
el terreno en redor no maldecido,  
reinaba solo en la comarca impia  
noche temprana, pero en torno el día.



Grupo de Alvarez en el Museo de escultura de Madrid.

don Anibal, distinguido arquitecto, de que no pareciese la memoria de estas producciones, las mandó grabar, y encargáronse de este trabajo Pablo Guaglielmi y Francisco Garzoli, quienes lo desempeñaron con bastante exactitud y esmero. Cuando en 1839 vino don Anibal á España, le fueron robadas por las facciones de Valencia la mayor parte de estas láminas, siendo por esta razon tan escasas y poco conocidas entre nosotros.

Los bajo-relieves del palacio Quirinal dieron á Alvarez la mas alta fama y nombradía: la Academia de san Lucas de Roma le abrió en 1814 sus puertas: la de san Fernando de Madrid le admitió en su seno en 1819, nombrándole su teniente director en 1826: la de Carrara premió sus talentos, sentándole entre sus individuos en 1820: el Instituto nacional de Francia no se desdenó de contarle entre sus miembros en 1823: la Academia de Nápoles le hizo su socio en 1824; y la de Amberes le honró con igual título



## IV.

Tal fué la marca, y funerario velo  
que la puso el Señor, la gran sentencia  
al fulminar sobre el infame suelo  
que despreció su paternal clemencia.  
Y separada así de tierra y cielo  
y decretado el fin de su existencia,  
al santo ejecutor de su destino  
llamó á sus pies el Hacedor divino.

## V.

Al eco de su acento poderoso  
vaciló el universo estremecido,  
y al eco de su acento, presuroso  
voló á sus pies el Sér desconocido  
que evocaba su voz: sér pavoroso  
á cuyo brazo el orbe sometido  
una señal del Criador espera  
para incendiar la creacion entera.

## VI.

¡Oh, tú, cuyo fanal mis pasos guía,  
de cuya luz inextinguible mana  
el raudal de la sacra poesía,  
genio radiante de la fé cristiana!  
Tú inspira aliento á la garganta mia,  
dá tú vigor á mi palabra humana  
para hacerme escuchar de los mortales  
al cantar los misterios celestiales.

## VII.

En un confin recóndito del cielo  
de una selva viviente circundado,  
denso y confuso y misterioso velo  
que le tiene del orbe separado,  
hay un alcázar de azabache, oscuro,  
que en un hondo torrente ensangrentado  
la sombra pinta de su inmenso muro  
en contornos de sangre rellejado.

## VIII.

Jamás el aura de perfume henchida,  
que en los jardines del Eden murmura  
en tal lugar estremeció perdida  
del rudo bosque la hojarasca dura.  
Ni el sol radió con fugitiva lumbré,  
ni sonó por la lóbrega espesura,  
ni retumbó la cóncava techumbre  
mas que el rugir de la corriente impura.

## IX.

El aire denso, sin color é inmóvil  
que aquel recinto por do quier rodea  
há el pavor de quien se acerca doble,  
y doble el caos á quien ver desea.  
Solo se alcanza entre las altas puntas,  
que el recio vendabal nunca cimbreaba,  
entre dos torres del alcazar juntas  
un faro, que en la sombra centellea.

## X.

Ni sér alguno penetró el misterio  
que guarda allí la ciencia omnipotente,  
ni se sabe cuyo es aquel imperio  
donde nunca se oyó rumor de gente.  
Ni arcángel sábio, ni profeta diestro  
de este sitio alcanzó confusamente  
mas que la lumbré del fanal siniestro  
y el estruendo medroso del torrente.

## XI.

En este bosque oculto y solitario,  
en este alcázar negro y escondido  
donde nunca llegó pié temerario,  
ni descansó jamás ojo atrevido,  
ni mas sol alumbró que el rayo rojo  
del fanal en sus torres suspendido,  
tiene el Señor las arcas de su enojo  
y el horno de sus rayos encendido.

## XII.

Y allí vive un espíritu terrible,  
que al son de aquellas aguas se adormece,  
y á los ojos de Dios solo visible  
al acento de Dios solo obedece.  
Arcángel vengador, del cielo asombro  
cuando deja el lugar do se guarece  
el rayo ardiendo y el carcaj al hombro  
pronto á la lid ante su Dios parece.

## XIII.

Espíritu sin fin ni nacimiento,  
la eternidad existe en su memoria;  
él solo del sagrado firmamento  
entera sabe la infinita historia:  
y al solo ruido de sus negras alas,  
á su sola presencia transitoria  
del firmamento en las eternas salas  
se suspenden los cánticos de gloria.

## XIV.

Aborto del furor Omnipotente,  
arcángel torbo que las vidas cuenta  
vela de Dios el arsenal ardiente  
y los ultrajes del Señor asienta.  
El carro guarda allí cuya cuadriga  
relincha con la voz de la tormenta,  
y allí está con su lanza y su loriga  
la copa en que su cólera fermenta.

## XV.

En ella hierve con fragor horrible  
el ancho vaso hasta los bordes lleno,  
el tremendo licor incorruptible  
de las iras de Dios; y en su hondo seno  
se fermenta la esencia del granizo,  
y de la peste el infernal veneno,  
y el germen del relámpago pajizo  
y el espíritu cóncavo del trueno.

## XVI.

Allí está el aire que el contagio impele,  
el zumo allí de la cicuta hendida,  
la sed del tigre que la sangre huele  
y de la hiena la intencion torcida.  
Y allí bulle en el fondo envenenado  
la única de furor lágrima hervida  
con que lloró Luzbel desesperado  
su venturosa eternidad perdida.

## XVII.

En aquel arsenal inexpugnable  
instrumentos de la ira Omnipotente  
germinan en rebaño formidable  
las mil desdichas de la humana gente:  
Y los vicios en torpe muchedumbre  
se apiñan á beber la luz caliente  
de aquel fanal de cuya viva lumbré  
es el sol una chispa solamente.

## XVIII.

De allí se lanza con horrible estruendo  
á ejecutar la voluntad divina  
el misterioso espíritu tremendo  
que en este alcázar funeral domina.  
Arcángel fiero, portador de enojos  
ase la copa, y por do quier camina  
el aire inflaman sus airados ojos  
y las estrellas con los pies calcina.

## XIX.

Con él vá la tormenta; el trueno ronco  
bajo sus alas cruje: desgñada  
de armas y quejas con estruendo bronco  
la guerra detrás de él vá despeñada;  
y asidas á las orlas de su manto  
van tras de él con la muerte descarnada  
la peste, el hambre, y el amor, y el llanto  
y la ambicion de crímenes preñada.

## XX.

El espacio á su vista palidece  
y entolda su magnífica apariencia,  
el disco de la luna se enrojece  
y mancha el sol su fulgurante esencia.  
Do quier las nubes que su sombra evitan  
se chocan, y se rompen con violencia,  
y cometas do quier se precipitan  
presagos ¡ay! de la fatal sentencia.

## XXI.

A su soplo la mar se encoleriza  
y con gigante voz muge y atruena:  
la planta de sus pies torna en ceniza  
la limpia concha y la esponjosa arena.  
El monte huella, y la cerviz le inclina,  
pisa en el valle y de fetor le llena,  
y en la ciudad que á perecer destina  
vierte el licor fatal y la envenena.

## XXII.

Y ese el arcángel fué que inexorable  
lanzó al desnudo Adán del Paraíso,  
y de su raza en él junta y culpable  
fijó á la vida término preciso.  
El arrancó en el Gólgota empinado  
el ¡ay! postrero que exhaló sumiso  
el Dios que la mancha del pecado  
borrar la sombra con su sangre quiso.

## XXIII.

El turbó la insensata ceremonia  
del pueblo santo ante el becerro impuro;  
sentenció á Baltasar y á Babilonia  
con tres palabras que pintó en el muro:  
inspiró al receloso Ascalonita  
el degüello fatal, y abrió seguro  
nicho á Faraon, que con su gente habita  
del indignado mar el fondo oscuro.

## XXIV.

El llevó el fuego de Alarico á Roma:  
llevó á Jerusalem á Vespasiano;  
en una noche convirtió á Sodoma  
en lago impuro y en vapor insano;  
rompió las cataratas del diluvio  
cegadas al impulso soberano,  
y encendió las entrañas del Vesubio  
que busca sin cesar otro Herculano.

## XXV.

Y ese será el espíritu tremendo,  
cuya gigante voz sonará un día  
y á su voz de la tierra ira saliendo  
la triste raza que en su faz vivía.  
La creacion se romperá en sus brazos,  
y cuando toque el orbe en su agonía  
cuando á su soplo el sol caiga en pedazos  
¿Qué habrá ante Dios?—La eternidad vacía.

## XXVI.

Tal fué el arcángel, que la voz oyendo  
del sumo Dios, su habitacion dejando  
y á la voz del Señor obedeciendo  
á los pies del Señor partió volando:  
y el espacio un instante obscureciendo  
y los mundos un punto dislocando  
en la mitad de las celestes salas  
al gritar—«Heme aquí» plegó las alas.

## XXVII.

De la Salem divina á su presencia  
suspendióse la gloria de improviso.  
Reverberó en su faz la omnipotencia,  
y el justo la cerviz dobló sumiso.  
Postrósele en reder con reverencia  
todo sér morador del Paraíso,  
y al misterio terrible quedó atento  
en silencio y pavor el firmamento.

## XXVIII.

Rasgóse el pabellon de pedrería  
que de la Trinidad cerca el santuario,  
y el germen de la luz que se escondía  
bajo el tapiz viviente del Sagrario  
vertió la lumbré del eterno día  
desbordada á un impulso involuntario,  
y alumbró el firmamento de tal modo  
que su inmenso esplendor lo cegó todo.

## XXIX.

Cual oscuro tizon espiró luego  
ahogado entre su luz el sol brillante:  
puntos de sombra, sin color su fuego  
fueron los astros de su luz delante:  
y todo ojo inmortal quedó al fin ciego  
en tan supremo y temeroso instante:  
y todo en fin cuanto creado estaba  
con la luz del Señor reverberaba.

## XXX.

Un cuerpo solamente resistía  
el resplandor de la infinita hoguera:  
una sombra no mas manchar se vía  
la luminosa creacion entera.  
Y una no mas permanecer podía  
y á un espíritu solo dable fuera  
resistir á su fulgido dominio:  
el ángel del Dolor y el estermínio.



## XXXI.

El nada mas fatídico levanta  
su aterradora y colosal figura,  
entre tanto esplendor y gloria tanta  
triste, medrosa, funeral y oscura.  
Solo él espera con inmóvil planta  
al Dios que llena el erbe de pavor:  
solo él no tiembla cuando Dios respira  
solo él de frente su semblante mira.

## XXXII.

Abriéronse las puertas eternas  
del sagrario de Dios, en cuyo interno  
no entraron ni aun los ojos inmortales  
de los electos de su amor paterno.  
Abriéronse, y llegando á sus umbrales  
así hablaron el ángel y el Eterno:  
—Señor ¿qué mandas?

—Mi balanza toma.

—¿Qué hé de pesar?

—Los Vicios de Sodoma.

## XXXIII.

Obedeció el arcángel, y poniendo  
la clemencia de Dios y la esperanza  
en un plato, y en otro el fardo horrendo  
de Sodoma, alzó al aire la balanza.  
Cedió el platillo de Sodoma, y viendo  
que el otro el peso á equilibrar no alcanza  
dijo el ángel: «Pentápolis es mia.»  
Y Dios: «Perezca la ciudad impia.»

## XXXIV.

Tornó á entrar el Señor en su sagrario:  
Tornó á plegarse el misterioso velo  
que de la TRINIDAD cerca el santuario:  
y volviendo á elevar su torvo vuelo  
el arcángel fatal, á su ordinario  
curso volvió naturaleza y cielo:  
y el sol que en occidente se sumía  
á Sodoma marcó su último día.

J. ZORRILLA.

## ANTIGUAS CORTES EN ESPAÑA.

Si las venerandas costumbres de nuestros mayores excitaban justamente la curiosidad de los que la presente azarosa época recorremos, si el idealismo que respiran sus acciones contrasta de un modo rudo con el egoísta interés que á las nuestras preside, y si tal vez por la misma causa, el ánimo sediento de ilusiones en este árido siglo, se esparce y recrea en aquellos venturosos al par que atrasados tiempos, preciso es que entre ellas se destaquen fijando mas vivamente la atención las que llevan el sello del heroísmo; las que revelan el duro temple de sus almas, su grandeza, su virtud. La celebracion de Cortes es sin duda la primera bajo todos aspectos: su fin, sus medios, sus circunstancias, la elevan á la clase de gloriosos hechos, de verdaderas hazañas.

Invasión de la nación por los árabes con la rapidéz del rayo, oprimidos sus moradores con las cadenas de la mas ominosa servidumbre, ó replegados y ocultos los mas felices entre los asturianos riscos y la maleza de los Pirineos, la degradación y la ignorancia de consuno empezaron á desplegar en la Península sus mortíferas influencias, y lograron extinguir aparentemente el indomable carácter español. Mas allá en el fondo de los corazones resistía una mal apagada chispa de patrio fuego á sus furiosos embates; y trasmitida de generacion en generacion, aguardaba solo para inflamar los pechos á que les tendieran una mano protectora sus hermanos de las montañas.

Siete siglos de porfiadas guerras no fueron parte para que aquellos inclitos varones se entibiáran en el anhelante afán de organizar su nuevo imperio, y en medio del estruendo de las conquistas, veíaseles acudir con frente serena á las necesidades interiores de la naciente monarquía, consolidando con robustas leyes la dominación del territorio que iban recobrando con la fuerza de sus armas, y dejaban salpicado con el sangre de sus venas.

En aquellas grandes juntas nacionales, se delibe-

raba sobre los asuntos áridos, sobre los acontecimientos graves y las atenciones mas urgentes, se proveía de comun acuerdo lo necesario para dar impulso á la prosperidad del Estado, removiendo los obstáculos que la impedían ó retardaban en su desarrollo. Allí se oponía un fuerte dique á las ambiciosas miras de los nobles y poderosos, se nivelaba el exorbitante poder de los reyes, y se contenía el funesto torrente de las pasiones. Nada tan magnífico en su esencia y en su forma, como el espectáculo que ofrecía la nación reunida en Cortes, levantándose floreciente sobre sus propias ruinas, y combatiendo á tantos mortales elementos como fuera de ella y en el fondo de sus entrañas pugnaban por destruirla. El aparato y pompa con que se celebraron aquellas memorables reuniones, no desdecía del grandioso objeto que las motivaba: y la dignidad y arrogancia que en ellas presidía, reflejaba el entusiasmo con que los antiguos españoles acudieron al honroso empeño de echar los cimientos firmes de su independencia en el seno mismo de la esclavitud.

Era el paso previo una carta convocatoria del príncipe; porque al noble tesón con que sostenían sus libertades y fueros, andaba unido y bien hermanado el respeto hacia sus monarcas y naturales señores. Mas fué tambien privilegio de los convocados el no poderlo ser nunca sino por la magestad del rey; y cuando á las veces hubiera esta de delegar sus facultades, había de ser con notable fundamento expreso en la misma carta, y recayendo la eleccion de sustituto en persona cuyo rango no llegara á menos que parentesco muy próximo con el mismo delegante. No fueron estas convocatorias generales ó redactadas en forma de decreto, sino particulares á cada individuo que gozaba el derecho de concurrir á las Cortes, á cada ciudad, á cada concejo de los que tenían voz y voto en ellas. Ni todos, á la verdad, podían envanecerse en un principio con este honorífico privilegio, sino solo los que alcanzaron en virtud de real cédula de institucion municipal, jurisdiccion y autoridad pública en su territorio. Así los pueblos de señorío, privados de tan preciosa ventaja, clamaban sin cesar por su emancipación; y en tanto que la conseguían, ya perteneciesen á la grandeza, al clero, ó á las órdenes militares, vinieron representados á Cortes por el mismo señor, ó sus procuradores y enviados.

En las cartas de llamamiento, cuidaban mucho los reyes de expresar ora general é indeterminadamente, ó con especialidad, las causas y motivos por que las Cortes se reunían: y los pueblos en su virtud, juntábanse á deliberar no solo acerca de las personas que diputaran, sino tambien de las facultades que sobre cada punto les habían de conceder: de esta manera los representantes y apoderados no podían excederse de las instrucciones en el poder contenidas, ó reservadamente y en pliego aparte encomendadas.

Es cierto que la intervencion de los pueblos no tuvo lugar en nuestros comicios hasta fines del siglo XII; y antes de esa época los formaban únicamente los magnates, prelados y caballeros. Pero desde que el tercer brazo del Estado comenzó á tener acción en los negocios públicos por la política de los reyes, que no hallaron mejor arbitrio para contrarrestar la desmedida ambición de los nobles y principales vasallos, la ejercitaron siempre con la mas completa libertad, y cuidaron con esquisito esmero de que no se les cercenase esa preeminencia adquirida, fuente y manantial riquísimo de adelantos para la nación y el trono.

En un principio la gloriosa concurrencia á los combates, dió por igual á todo vecino cabeza de familia, influjo directo en las elecciones; pero desde el reinado de D. Alonso XI, que de acuerdo con los pueblos mismos varió la forma de las municipalidades, se adjudicó á ellas el derecho exclusivo de nombrar en su seno diputados: la ley no obstante prohibía á los príncipes y poderosos mezclarse en tan importante asunto. Conservaron los altivos españoles este derecho por dilatados años, y continuaron haciéndolas desembarazadamente ya por medio de votaciones públicas, ya secretas, ya tambien por suerte; que todos estos métodos fueron usados en las diversas comunidades de la monarquía; y solo cuando los nombramientos venían en discordia, tocaba al rey dirimirla y determinar con consejo de su corte.

Solicitos en asegurar el éxito feliz de la empresa, establecieron sin embargo que antes de proceder á la eleccion, jurasen los concejales hacerla recaer en las personas á su juicio mas aptas y celosas de la prosperidad pública; y los diputados despues de elegidos, juraban no menos solemnemente corresponder á la confianza que de ellos hacia el concejo, sin que por interés, temor, deferencia ni otro algun motivo, se apartasen de sus órdenes é intencion. Y con tal escrúpulo guardaban la religiosidad de aquel juramento, que cuando en la asamblea nacional se proponía algun punto fuera de los que el cabildo había tenido presentes en la instruccion, se abstendian de decidirle y pedían espacio en que consultar á sus comitentes por medio de un correo propio. La ley abundando en el mismo espíritu, prohibió á los procuradores del reino, so pena de muerte y confiscacion general de bienes, que pudieran recibir durante su oficio, mercedes, honores ni empleos del Monarca ó de otra cualquier persona. Pero en cambio los ayuntamientos les pagaban *salario fijo* desde el día en que verificaban su salida del lugar hasta que nuevamente tornaban á sus hogares, añadiendo otra cantidad extraordinaria con el nombre de *ayuda de costas*, por razon de los gastos que su desempeño les hubiera podido ocasionar: y los reyes despachaban cédulas á aquellas corporaciones ordenando la satisfaccion de lo primero, y permitiéndola en cuanto á lo segundo.

Hecha la eleccion de personeros, se procedía á otorgarles poder, no limitado á conferenciar, conceder ó discurrir en el asunto ó proposicion principal expresada en la convocatoria, sino extensivo á promover los intereses de la municipalidad y el bien general del pueblo; á cuyo propósito ademas de las instrucciones verbales, les entregaban un cuaderno de peticiones dirigidas al trono, con encargo de librarlas á satisfaccion del concejo.

Bajo tales auspicios y reciprocas garantías se apartaban los representantes de sus representados, y bajo la proteccion y salvaguardia del soberano emprendían su viaje hacia el sitio donde se hallaba con su corte, entonces ambulante; razon por la cual se llamaron Cortes estas grandes juntas de la nación.

El favor de las leyes con los procuradores de los pueblos, se extendía hasta proporcionarles alojamientos convenientes y cómodas posadas, reunidas todas en barrio separado para que mas fácilmente pudieran reunirse entre si y conferenciar sobre los asuntos que se habían de decidir en la asamblea. Y fué el orden establecido en este punto, ceder el barrio por entero al primero que se presentaba, ya procediese de Castilla, de Leon, de Extremadura ú otro de los dominios sujetos á la corona de España, para que lo guardara y repartiera con los demas en los términos que juzgasen mas conveniente.

Era la primer diligencia despues de su llegada al paraje donde el monarca residía, presentar los poderes con que venían autorizados ante el canceller del sello real ó el secretario de las Cortes, ó bien ante el consejo de la cámara, donde se examinase la legitimidad y suficiencia de aquellos documentos, y si correspondían al objeto para que las ciudades habían sido convocadas. Declarado así, cada cual acudía á besar la mano del príncipe, comunmente introducido y apadrinado por algun principal señor y grande de los reinos: con lo cual quedaban reconocidos.

No estaba designado por ley ni por costumbre el lugar fijo en que las Cortes debieran celebrarse, y quedaba por tanto su eleccion al arbitrio de los reyes, con tal de que fuera seguro y desembarazado de tropas y pretendientes poderosos, de quienes los votantes pudiesen recelar alguna violencia y opresion: pero en el reino de Aragon por fuero particular debia subir la poblacion á cuatrocientos fuegos ó casas para que en ella pudiera procederse á tan solemne acto. Y como en los pueblos designados por la necesidad ó la fuerza de las circunstancias no siempre hubiera palacios propios ni habitaciones proporcionadas para tales reuniones, se procuraba escoger los edificios mas capaces y espaciosos, facilitando así que el gran número de vocales y espectadores se congregara sin confusion. Repetidas veces se tuvieron en las iglesias ó en sus sacristías; en los conventos, claustros, y cementerios, ó en las casas de grandes y títulos. En todas reinaba el decoro al lado de los de la mag-



nificencia, y especialmente en las que fueron convocadas por los soberanos para sus reales Alcázares de Madrid, Segovia, Toledo y otras principales ciudades de la monarquía.

Llegado el momento de la ceremonia, acudían al local con grande pompa y boato los obispos y preladados, los magnates, ricos-hombres, hidalgos y caballeros, así como los procuradores de las municipalidades que habían sido llamados por las convocatorias: y fué privilegio de las clases poderse introducir

y tomar asiento sus individuos aun cuando por omisión u otro motivo se omitiese tal circunstancia; bien entendido que de parecer en Cortes tuvieran derecho notorio, ó así lo hicieren constar ante los jueces competentes en aquel punto. Las señoras de vasallos y y ricas-hembras, tampoco estaban excluidas por razón del sexo, y solieron comparecer en las cámaras por medio de procuradores y encargados. Veíase el recinto dispuesto á recibirles dignamente, aderezado con adornos y guarnecido de colgaduras; y á su ca-

y no admitieron los acuerdos de las Cortes por no haber concurrido á su celebracion.

De cualquier modo que esto fuese, la primer sesión terminó en lo antiguo con la respuesta y señalamiento de día para la siguiente: los reyes sin embargo no volvían á presidirlas, salvo en el acto de disolverlas; y en su nombre lo hicieron los presidentes de Castilla, sentándose en el mismo, aunque inferior lugar que los príncipes. El monarca se retiraba con igual aparato y ostentacion que había venido, y los representantes hacían lo mismo á sus particulares departamentos, donde nombraban un secretario que extendiera las actas de sus privadas deliberaciones. El rey también elegía *tratadores* entre las personas de su confianza que se acercasen á aquellas conferencias, y arreglaron con ellos los puntos que en cada sesión hubieran de resolverse: así ordenados los trabajos se procedía á la votación por clases. Obtuvo siempre el primer lugar en ella el señor ó poseedor de la casa de Lara, que llevaba en Cortes la voz de los fijos-dalgo. Seguía inmediatamente el voto del Arzobispo de Toledo, primera dignidad por el estado eclesiástico; el almirante mayor de Castilla hablaba en ocasiones por los ricos-hombres, caballeros y escuderos, y últimamente votaban los personeros de las ciudades y villas. Pero á veces los representantes del pueblo, oído el dictamen de las altas clases del estado, pedían tiempo para juntarse á discutir, y una copia de las proposiciones votadas para responder por escrito en otra sesión. Sus respuestas solían ocasionar nuevos altercados y demandas por parte del rey, á las cuales debían satisfacer igualmente por escrito, insertándose todo en las actas generales.

Concluidos los negocios que abrazaba la *proposición*, tenían derecho los procuradores del reino de representar y proponer en Cortes al príncipe por vía de consejo, súplica y petición, cuanto juzgaban conducente á contener los desórdenes públicos, reformar abusos y promover los intereses generales de la nación ó especiales del concejo y territorio que les diputaba. Así que reunidos entre sí, oyendo el dictamen de letrados, y arreglándose á las instrucciones comunicadas por sus respectivos pueblos, ordenaban el cuaderno ó escrito de peticiones, cuidando de dejar al pié de cada una, espacio en blanco donde cupiese la decisión real. Estos cuadernos se notificaban al rey en persona por medio del presidente, letrados y asistentes de las Cortes, y el monarca no podía desentenderse de dar contestación antes de disolverlas: mas procedíase en este punto con tal circunspección y severidad, que si por caso hubiera encontrado intereses en las diversas clases y vinieran en su virtud opuestas reclamaciones, no se podían librar sin previa audiencia de las partes, y en vista de la razón que las asistiese.

Terminados felizmente por este orden los asuntos sometidos á la deliberación del Congreso, seguía la autorización de lo acordado y convenido: acto solemne é imponente en que resplandecía mas que nunca la dignidad de la nación y la benevolencia y buena armonía que reinaba entre el príncipe y sus pueblos. Señalado el día, la asistencia era mas puntual, la concurrencia mas numerosa. El rey entraba en la iglesia con la misma suntuosidad que en la apertura de Cortes; su camarero mayor le precedía con el estoque desnudo, hasta que subiendo por las gradas del sólio, y colocado en la silla real, le depositaba entre sus manos. Los oficiales de la corte, los nobles, los obispos y procuradores, ocupaban sus asientos correspondientes con religioso silencio: entonces el notario con voz levantada y clara leía lo resuelto por todos, siguiendo el mismo método que en la propuesta y discusión. Lo primero el *servicio* ya ordinario, ya extraordinario de gente ó cantidades que el monarca pedía á sus reinos, y solía ser la causa principal de la convocatoria; el cual regularmente, aunque no siempre, se concedía: en seguida los fueros otorgados ó confirmados á las poblaciones, y las medidas generales para la prosperidad del país; y por último los *actos de corte*, como limosnas, donaciones á monasterios, rentas vitalicias, y otras gracias y mercedes que parecían justas á la piedad de nuestros antecesores.

Todo así hecho, se ratificaba y aseguraba con la sagrada ceremonia del juramento. Principiábale el monarca, quien para tal caso tenía dispuesta en la ante-



Salon de las Cortes antiguas.

beza un alto sólio compuesto de gradas, cuyo remate era un sillón cubierto de brocado y protegido por un magnífico dosel, con destino á la magestad del príncipe. A sus costados se extendían por el pavimento los escaños en que se habían de colocar los representantes, ocupando la derecha banda el clero, la izquierda los nobles, y el centro las comunidades al extremo inferior de la sala, frente al rey.

Presentábase por fin éste, precedido de brillante comitiva, rodeado de su corte y acompañado de numeroso séquito: las insignias reales autorizaban su persona, y daban mayor prestigio á la reunión. Subido al trono con los infantes, y quedando al pié sobre las gradas el gran canciller, el presidente y asistentes, los letrados consultores y demas oficiales reales del acompañamiento, poblábase el salon de las personas que le aguardaban; los notarios de Cortes se acercaban á sus asientos, y todos permanecían en pie. El rey entonces mandaba cubrir á los concurrentes, y así lo verificaban.

Mas al ir á tomar sus puestos, levantábase contienda entre las ciudades sobre la preferencia de ellos; en especial Toledo y Burgos se la disputaban mutuamente con noble tesón y caballerescas porfías. Tanto fué el empeño en la pretensión, y el calor en el debate, que alguna vez llegaron á resistir unos y otros personeros al mandato del monarca, obligándole á bajar de su silla para quitar por su mano misma á los procuradores de la ciudad de Toledo... y poner á los de Burgos, diciendo: *dejad ese lugar, que todos dicen é así parece, que los procuradores de Burgos deben estar en él é non vosotros*. No dejaban en tal caso los vencidos de pedir testimonio al secretario de las Cortes, y protestar que cedían por obediencia á las órdenes del rey, y sin perjuicio de las prerogativas de su concejo, que tan extremados eran en conservar sus fueros y categorías.

Esas mismas altercaciones solieron cruzarse en el acto de hablar y votar; y nuestros príncipes por no hacer desaire á ninguna de sus ciudades, adoptaron por último el expediente de no decidir en su razón, sino que prevaleciendo de la costumbre admitida y por nadie impugnada de que la calidad personal del procurador le diese preferencia, como si siendo noble se colocara entre los nobles por mas que representase á una comunidad, tomaban parte por cualquiera de

ellas, diciendo: *Yo hablo por Toledo, é hable luego Burgos*: lo cual no admitía réplica, si bien tampoco excusaba la petición del testimonio. Mas tanto se repitieron estas reclamaciones, que al cabo se designó á Toledo un sitio aislado en medio del local, reduciéndose á mera fórmula de estilo la competencia entre ambas.

Avenidos ya los ánimos, el rey hacia la *proposición*, que en lo antiguo era una sencilla arenga: en la cual exponía las necesidades y asuntos que motivaban aquella convocación, y despues quedó en un simple anuncio de la que por escrito llevaba el secretario real, y en alta voz leía por su mandato. Este documento formaba la cabeza y principio de las actas ó cuadernos de Cortes. Oída por los circunstantes, alzábanse tres de los mas principales diputados, cada cual por su brazo, y llegando juntos á las gradas del sólio, uno á nombre del concurso todo formulaba su respetuosa respuesta, entregándola ademas escrita al notario para su inserción en el proceso. La contestación por lo general no era terminante; sino que se limitaba á pedir tiempo para deliberar y tratar del negocio á sus solas. Pero no siempre las propuestas del príncipe requerían prolijo exámen, ni votación, ni respuesta escrita; porque á las veces consistieron solo en noticias de importantes sucesos, ó indicaciones de lo que por ley y derecho debía ejecutar el reino, en cuyo caso estaba reducida á la manifestación de quedar enterados, dándole gracias al propio tiempo por la honra y confianza que dispensaba á sus súbditos.

En tal estado usábase en Aragon el conceder los reyes algunos días de gracia y prorogar el plazo de la convocatoria para los que aun no hubiesen llegado; y transcurrido el nuevo término se les declaraba contumaces, decretándose que se pudiera proseguir adelante en su ausencia. Túvose por esencial este requisito, en cuanto las determinaciones habían de ser allí por completa unanimidad, bastando la discordancia de uno solo para anular y entorpecer el curso de los negocios. En Castilla y los otros dominios españoles, si bien no consta ese extremo, parece probable que asimismo aconteciese; pues sobre haber comisionado desde luego personas entendidas que pasaran á la ciudad de Jaca para aprender de sus usos en la materia, es sabido que algunas ciudades protestaron



penúltima grada del s6lio y á su izquierda un lujoso



El Rey jurando.

sitial cubierto de paño de brocado, y sobre él un misal abierto con una cruz de oro encima, y descendiendo hasta donde estaba, hincadas ambas rodillas y la diestra sobre los Santos Evangelios, prometia á Dios en su nombre y el de sus sucesores guardar lo allí establecido, y no venir contra ello en todo ni en parte, bajo ningun pretexto ni razon. Lo mismo juraban despues los ministros y jueces superiores en manos de su alteza; y aun los tres brazos repetian el juramento, nombrándose por cada cual dos diputados que lo hiciesen. Entonces el rey dando gracias con afable tono á tan respetable reunion, disolvía las córtés dando licencia á los representantes de la nacion para que volvieran al seno de sus familias; y uno devolviéndole á nombre de todos sus cariñosas frases, se despedía deseándole todo género de venturas.

Con esto, y pidiendo copia autorizada de sus respectivos fueros y concesiones, tornaban al hogar doméstico aquellos insignes patricios, no á descansar por cierto de la pasada fatiga, sino á empuñar las armas para defenderlos, y á conquistar en la reducida frontera mas territorio á donde extender su bienhechor influjo.

BONIFACIO GOMEZ.

## UNAS HOJAS MARCHITAS.

NOVELA.

IV.

No es ciertamente la ausencia el verdadero antídoto contra el amor, cuando es puro y sublime, y cuando solo el espíritu participa de sus dulces emociones. Curará quizá fácilmente aquellos amores de mera ilusión, que ceden ó toman nueva forma á la vista de una mujer cualquiera que excita nuestra sensualidad, pero no; el verdadero amor del alma virgen y sensible, rara vez se cura sino con la tumba. Amar con toda la fuerza del corazón; alejarse del objeto que se adora creyendo olvidarlo así; suponer que la gloria, esta pasión propia tan solo de las almas grandes, le hará desaparecer, ó que la vista de nuevas bellezas será capaz de borrar nuestras primeras impresiones, es delirar tan solo; es

ignorar la fuerza de un afecto que se graba en nuestras almas con profundos é indelebles caracteres. ¡El amor!... ¡Palabra mágica desconocida de unos, despreciada de otros, y profanada por los mas! ¡El amor!... este don precioso que los cielos han legado para nuestra dicha, jamás, jamás desaparece, como una vez haya ocupado un corazón tierno y sensible en toda su extensión.

Loco é inexperto algun dia, en medio de mis juveniles fantasías, me habia formado tambien la dulce ilusión de hallar en la ausencia el solaz y la calma que una mujer me arrebatara. Me decidí á marchar; marché efectivamente, y tan orgulloso, cual hacerlo pudiera un general vencedor al poner el pie sobre las murallas de una plaza conquistada. ¡Cuán lejos estaba yo de prever los efectos de semejante determinación! ¡La ausencia!... ¿Qué adelanté yo con huir? aumentar mas y mas el fuego que devoraba mi alma, y no disfrutar desde aquel dia un solo momento de placer.

Segun mis pasos se alejaban del bien amado, mi angustia crecia, mi desesperación llegaba á su colmo, y tornando la vista hacia el punto de mi partida: ¡Adios! exclamaba transido de dolor: «¡Adios, momentos felices de mi vida! ¡mi alma no sentirá ya jamás vuestro influjo! ¡mis ojos no podrán admirarte, mujer adorada!... ¡no podré de hoy mas escuchar tus acentos dulces y armoniosos!... ¡De tanta dicha, solo veré en torno mio llanto y soledad! A estas horas, las mas misteriosas del dia, debiera estar á tu lado, cantar contigo y embelesarme en tu contemplación ¡ninguno de estos placeres disfruto ya! pero yo lo quise así... Me separé de tí... mis quejas, son injustas, y no merezco compasión.»

Fueron transcurriendo los dias, no veloces y agradables como al lado de mi Laura, sino crueles é interminables como los de un prisionero que se halla sin esperanzas de lograr su libertad. Las demas mujeres eran odiosas para mí: su hermosura me causaba tedio; y huía de su trato cual huyen las tiernas palomas á la vista de un gavilán.

La vida militar, activa y agradable para un joven ganoso de renombre, no ha sido bastante para hacerme olvidar un momento: en el campo, en la parada, en la guardia, mi único pensamiento era ella. Ningun atractivo tenian para mí cuantos objetos me rodeaban. La soledad era mi encanto, y á todas horas la buscaba con avidez: libre allí de importunos me dedicaba enteramente á repasar en la memoria los instantes felices que á su lado pasara. ¡Cuántas veces extraviada mi razon con tales recuerdos, la miré sentada graciosamente en el césped; escuché su acento angelical y armonioso; la dirigí la palabra cual si pudiera contestarme, y hasta tendí los brazos delirante para estrecharla contra mi corazón angustioso!

En la fuerza de un combate volaba desesperado á donde la muerte me parecia mas probable, porque solo morir deseaba. Nada se oponia á mi brazo, y mil glorias adquirí que de otro modo no hubiera jamás merecido. Pero estas glorias me parecían tambien odiosas, porque haciéndome quizá mas digno del ángel encantador de mis delicias, me recordaban el placer que experimentar mi alma si pudiera ofrecerlas á sus plantas y decirle: «toma, toma esta condecoración honrosa, y colócala sobre mi pecho; orla mi frente con esta corona que acabo de conquistar por tí y tan solo para tí.»

Tres meses habian pasado desde mi separación funesta, sin que hubiese tenido el consuelo de recibir noticias suyas. La dirigí dos cartas desde diferentes puntos, suplicándola pusiese al menos en mi noticia el estado de su salud; pero en vano: ninguna contestación he recibido, cuando hubiera dado gustoso la vida por una letra suya.

Una noche que estaba en mi alojamiento, solo y triste como de costumbre, me entregaron una carta: conocí su letra, abríla con mano temblorosa, despues de haberla cubierto de ardientes besos, y leí con avidez su contenido.

«Mi amigo y libertador: No estrañéis haya dejado de contestar á vuestras cartas, porque ni puedo como sabeis ni debo hacerlo, os conozco y estoy segura, que si bien la deseabais, no esperabais contestación. Inútil es manifestaros el placer que tuve al saber de vos.

«Jamás me fueran mas necesarios vuestros consejos... mi sacrificio está próximo, y me considero sin fuerzas para oponerme á él. Si podéis venir, hacerlo en obsequio de una infeliz que no tiene mas apoyo que vos en el mundo... quizá lleguéis á tiempo... vuestra presencia será capaz de hacerme volver en mí. Así lo espero de vos vuestra agradecida.—Laura.»

Me ama! dije fuera de mí al concluir su lectura, me ama sin remedio! ¡Tan solo el amor pudo haber dictado estas frases! Es preciso que la vea... que impida se realice esa unión bárbara que acabará en un momento con su preciosa existencia... la haré conocer esta pasión frenética que por ella me devora... Escucharé mis palabras, y dias felices de amor y ventura harán

desaparecer muy en breve todas nuestras penas. Si nuestra unión hallase alguna resistencia; si el vil interés se opusiese á nuestra dicha, ancho y espacioso es el mundo: huiémos: do quier nos lleve la fortuna, seremos felices estando juntos los dos.

Sin dar lugar á la reflexión, volé á pedir mi licencia, la obtuve, y á la mañana siguiente estaba puesto en camino. Ella me necesitaba, y complacerla era mi anhelo, mucho mas cuando en ello satisfacía mi único deseo. Me atormentaba el temor de llegar tarde, porque la carta habia sufrido un extraordinario atraso; pero decidido á no descansar un momento hasta verla, caminaba rápidamente y algun tanto consolado con la esperanza, compañera inseparable del hombre.

V.

Qué terror pánico! ¡qué religioso respeto infunde una noche de tormenta en el corazón de un caminante que se ve precisado á continuar su viaje! La oscuridad le cerca; el fragor del trueno le conmueve; el relámpago le estremece; el agua le obstruye su camino; duda de su ruta, y hasta su corcel camina con irremediable lentitud. ¡Todo, todo conspira contra él! y si su corazón se halla en relación directa con los elementos; si una tormenta interior le agita... entonces... ¡es imposible calcular un estado mas cruel!

Así caminaba yo la última noche de mi viaje. Jamas he visto alguna mas borrascosa! y sin embargo, el deseo de ver á Laura, de hablarla, de ofrecerle mi amor y mi vida, y de librarla, si posible fuese, del horrible sacrificio á que estaba destinada me hacia despreciar la tormenta y caminar sin recelo, por lugares para mí desconocidos, á pesar del furor de los elementos.

Las doce y media serian ya cuando llegué á percibir á lo lejos, iluminadas de cuando en cuando por el relámpago, las cúpulas de los edificios destinados al culto divino; y cantaba la una el misterioso sereno cuando yo entraba en la primera calle de la ciudad. El mayor silencio reinaba por todas partes; tan solo las pesadas veletas girando con volubilidad al rededor de sus ejes; el fuerte viento azotando las paredes, y las herraduras de mi caballo, acompañaban al trueno en su horrísono estampido.

Al verme llegar á la posada á una hora tan intempestiva y con un tiempo tan espantoso, me hubieran cansado á preguntas, si me hallase algun tanto dispuesto á satisfacerlas. Un criado me condujo á mi antiguo gabinete y despues de algunos rodeos

—Vendreis, me dijo, á las bodas de la señorita doña Laura?..

—C6moll

—Pues qué? No lo sabeis? es muy extraño. Mañana se casará temprano en su capilla...

—Mañana!!

—Sí señor. Con un tal D... qué se yo, á quien nadie por aquí conoce... y segun dicen las gentes ella no queria... ¡se puso tan mala que da una lástima el verla!... pero ya se vé... su madre la obliga...

—Calla y vete, le repuse fuera de mí. Calla y vete que quiero mudar esta ropa.

O fatalidad de mi destino! dije al verme libre de importunos. Solo podré presenciar su sacrificio, y decirle adios para siempre!... La infeliz me esperaba!... ¡contaría conmigo para oponerme á tan criminal proyecto, y se ha visto sola!... sola; teniendo que ceder al miedo ó á las amenazas!... Pero no... será quizá tiempo aun... Dentro de algunas horas la veré, la ofreceré mi apoyo, y acaso cobrará fuerzas para negarse á semejante enlace. «Tente, la diré con energía; ¡no llegues al altar sacrosanto; porque despues de haberos echado su bendición el ministro del Altísimo, no habrá remedio para tí sino en la tumba! Ella escuchará la voz de un amigo, seguirá quizá mis consejos, y no se hará infeliz para siempre. Si este enlace llegare á realizarse, su muerte es segura... no podrá sobrellevar tal desgracia.

El resto de la noche me ha parecido larguísimo. Mudé mi ropa; esperé que amaneciera, y salí entonces al campo para dar algun desahogo á mi espíritu agitado. Cuando me pareció que se habria ya levantado, me dirigí frenético á su casa, y encargué al primer criado que vieron mis ojos la anunciase mi venida, si estaba sola, é indicase que me era preciso hablarla en aquel momento. A poco rato salió de su gabinete pálida y vacilante en su paso; sus ojos tristes; descoloridas sus mejillas, y sus labios cárdenos y balbucientes. ¡Parecia un esqueleto ambulante!... y si su imagen encantadora no se hallase tan grabada en mi alma, seguramente no la hubiera conocido.

—¿Cómo estais? la dije conmovido.

—Mi semblante os dice mas de lo que mis labios pudieran manifestaros.

—¿Tanta mudanza y en un tiempo tan escaso!... Pero alegráos... aquí me teneis ya... No he podido venir antes porque vuestra carta llegó á mis manos con atra-



so... despues que la recibí, no he descansado. Esta noche á pesar de la tormenta me dieron las doce y medio, casi entrando en la ciudad... todo lo supe, y vengo si es posible á salvarlos.

—Esta noche... ¡á pesar de la tormenta! ¡Cuánto siento, amigo mío, haberos causado semejante incomodidad!

—No perdamos tiempo...

—Llegais tarde, y tarde por mi desgracia!

—Tardell!

—Sí; tarde... ¡y tan tarde como llegais!

—Pero no podriais?...!

—Nada puedo ya. Dos horas antes... ¡Ah!

—No lloréis por piedad.

—Dejadme... es mi único consuelo... Las lágrimas son el desahogo del corazón.

—Han tenido valor!...

—Sí; ellos lo han tenido para inmolarme, y á mi me ha faltado para impedir su crimen... ¡Estaba sola!...

—Mas ahora...

—Es inútil... ¡el hecho está consumado!

—En ese caso... ¡Adios para siempre!

—Marchais? no: os debo mucho, pero me atrevo aun á pedir un favor... ¡el último quizá de mi vida! ¿me lo concedereis?

—Hablad ¿tendria valor para negároslo?

—Os será quizá muy sensible; pero vuestra amiga os lo ruega: visitadme esta noche, y mañana partid á donde gustéis.

—Contad conmigo. Solo por vos haria semejante sacrificio; pero me lo rogais, y vendré. ¿Deseais algo mas?

—No. Adios... quizá nos estarán observando.

—Adios pues... ¡Adios!

Vendré, vendré, dije luego que desapareció de mi vista, vendré ya que así lo exige; la visitaré esta noche; recordaré las bellas horas que disfruté á su lado algun día, y la contemplaré por la última vez de mi vida. Ella no sabe el estado de mi alma... ¡si supiese que solo por ella respiro; si conociese cuánto el corazón la idolatra, no exigiera de mi semejante sacrificio! ¡Infeliz! ¿Es posible que te haya perdido para siempre!... «¿Dos horas antes quizás...!» ¡Cuánto hubiera yo dado porque estas dos horas no pasasen! Pero no hay remedio... ¡un lazo indisoluble los une para siempre! Mañana, antes que el sol emprenda su carrera, abandonaré estos lugares. ¡Nunca hubiera yo vuelto, cuando solo he venido á presenciar su desgracia!

Salí de su casa sin saber de mí, y llena la mente de funestas y horribles ideas. Anduve el resto del día triste y desconsolado por do quiera, y á la hora debida me dirigí á su morada, como un reo cuando es conducido al patíbulo.

## VI.

¡Allí estaba ella!... en el mismo sitio en que mil y mil veces la contemplé estasiado y lleno el corazón de alegría!... allí donde en tiempos mas felices resonara su acento mágico unido con el mío!... allí donde por última vez habíamos cantado «El Triste» en una noche infortunada! ¡Qué de recuerdos no encerraba para mí aquel aposento! Cuando llegué estaba sentada al lado de su esposo. Me pareció mas hermosa que nunca. Su negro cabello estaba peinado con el mayor esmero, y tan solo una rosa blanca y enteramente marchita adornaba su cabeza.

—Sentaos, me dijo con agradable sonrisa: no dudaba yo que me honráis con vuestra presencia en noche tan feliz. El señor es mi esposo... ¡me ama tanto! y yo... ¡ja... ja... ja y se reía como una loca. Este caballero es mi amigo; ya le habrás visto por aquí algunas veces, prosiguió dirigiéndose á su esposo, supo al parecer en Valencia nuestro enlace, y se ha llevado un mal rate por darnos personalmente la enhorabuena. ¿Qué te parece? ¡ja... ja... ja! ¡estos militares son muy cumplidos!

—Y yo se lo agradezco en extremo.

—No puede menos de ser así, sabiendo como sabes que tengo un placer en ello. ¡Me quieres tanto!...

—Ciertamente; y jamás me consideré tan dichoso como lo soy en tener una esposa... pero ¡una rosa marchita en tus adornos, cuando todo debiera ser hoy bello y lozano! ¡es un capricho muy extraño!

—No lo creas. Hay flores que, cuando son tocadas por unos labios de fuego, se marchitan y dejan pronto de existir... Ha sido como tú dices un capricho... pero un capricho pueril... ¡Es tanto el placer de que me hallo poseída; que no sé lo que me hago! Y vos, Enrique, ¿porqué os mostrais taciturno cuando debierais alegraros? ¿Os fastidia por ventura nuestra compañía? ¿No participais acaso de nuestra ventura?

—Todo lo contrario. Si á costa de mi existencia pudiera asegurar por siempre vuestra dicha, dejaría de vivir con placer. Sabéis además que la tristeza es peculiar de mi carácter.

—Con todo, alguna vez os he visto cantar y reir en este aposento ¿Habeis compuesto alguna cancion desde vuestra marcha? Aquí tenemos instrumento... sus cuerdas...

—Permitid...

—No queréis?... lo conoço en vuestro semblante, y si mi esposo lo permite, contaré alguna historieta para que pasemos el rato.

—Cuando gustes... tu voluntad es la mia.

—Muy bien. Y vos queréis?...

—Señora...

—Escuchad. «Una mañana de verano hermosa y serena se fué una jóven á bañar en compañía de su doncella. Llegaron á la ribera, y mientras aquella permanecía en el agua, se alejó esta algun tanto, con objeto de coger algunas conchas. Poco despues un hombre impuro y criminal atracó su esquisito sin ser visto; sorprendió á la niña; la tomó brutalmente en sus brazos cerrándola la boca para que nadie pudiera venir en su auxilio; imprimió en su seno virginal un beso impuro y pretendió con desesperado empeño... ¡Qué horror! No es verdad, Enrique?

—Sin duda...

—La historia es algo patética, esposa mia, para una noche de novios.

—La sabes por ventura?

—No por cierto; pero si he de inferir por lo que llevas contado...

—No importa: dejadme concluir. «La Providencia que vela siempre sobre el candor, no permitió que el bárbaro consumase su crimen. Sus pies se deslizaron; cayó, soltó la presa, y la infeliz huyó, á pesar de su traje húmedo y deshonesto: sus pies se han descarnado corriendo sobre las peñas; pero se libró del infame, y á pesar de la máscara con que recataba su semblante el malvado, pudo distinguir sus horribles facciones.

—Le conoço! exclamó su esposo trémulo y balbuciente, cual si en aquel momento fuera herido por un rayo, ¿dices que le conoço!

—Si por cierto; y aunque su rostro no se descubrió enteramente, lo cual pudiera dejarle alguna duda, accidentes posteriores la confirmaron en su idea. A poco rato halló la fugitiva otro jóven que al verla, cerró los ojos para no ofender su delicadeza; voló á su socorro; la dió su pañuelo para cubrir su pecho desnudo, y la ofreció la espada y la vida en venganza de su agravio...

—Está contando su historial pensé yo. ¡El nombre del malvado!... la dije palpitando de cólera, ¡el nombre del malvado!...

—No es tiempo aun. ¡Cuánto vá de hombres á hombres! el libertino se alejó con prontitud de la orilla, mientras el generoso libertador la condujo al punto en que dejara sus vestidos, ocultándose luego para que pudiese con libertad mudar de traje; acompañóla despues hasta su casa; siguió visitándola con frecuencia; solian pasar felices momentos cantando juntos y...

—Y qué? preguntó su esposo pálido como la muerte mirándonos con sobresalto.

—Nada mas dice la historia sobre tal personaje. El otro, creyendo no haber sido descubierto, la pidió por esposa, y ella... á pesar del terror que su sola presencia la inspiraba, condescendió porque su madre, valiéndose de la autoridad que el cielo para mejor fin la concediera, así lo ordenaba, y porque le ha faltado valor para oponerse á tan funesto himeneo... Se casaron...

—Cómoll dije yo fuera de mí y poseído de un furor extraordinario, al reconocer que su esposo era el infame que habia querido ultrajarla. ¡Es posible!...

—Serenáos, serenáos por piedad y no me interrumpais ¿sabéis acaso el fin de la historia?... dejadme concluir. El jóven la visitó por la noche; la miraba con lánguida tristeza, mas ella no pudo responder a sus miradas porque la infeliz era ya esposa: se reía, estaba muy adornada, y una rosa enteramente marchita caía como desmayada sobre su frente. Adoraba con frenesi al hombre que la libertara...

—Y él? repuso su esposo echando una mano á la espada y mirándonos alternativamente.

—El historiador no tuvo por conveniente ocuparse de semejante circunstancia, le contestó ella con serenidad.

—Acaba, prosiguió él levantándose, mientras que yo atónito al escuchar semejante revelacion, permanecía sentado sin saber apenas lo que pasaba en torno mio.

—Un momento mas... siéntate y escucha el desenlace. Ella, por librarse de los halagos de un hombre que tanto aborrecia... por no verse en sus brazos impuros...

—Qué hizo? la pregunté sobrecoigido de espanto.

—Qué hizo!... nada... la muerte le ha parecido mas grata y...

—Y qué!

—Se tomó un veneno.

—Un veneno! exclamó el esposo colérico y arrojándose sobre la infeliz, cual si quisiera consumir su crimen.

—Aparta!... aparta! repuso ella deteniéndole, ¡tus ojos me horrorizan! no me toques... no... ¡aun se resiente mi seno de tu primer beso impuro!... ¡Cruell! no profanes los últimos momentos de mi vida!... si la iglesia pudo darte algun derecho sobre mí, jamás fué autorizado por mi corazón... ¡Cada vez te aborrezco mas, hombre infame! ¡huye lejos de mí!... y tú, Enrique, que fuiste una vez mi ángel tutelar, vela en este momento por mi virtud... No permitas que manos profanas me toquen, ni me dejes mis ojos hasta que hayan perdido para siempre la luz... Acércate y no temas ¡Ah! tambien tú palideces! ¿no me respondes? ¿no me amas quizá?... pero sí... sí... tus ojos me lo han manifestado mil y mil veces... ¡yo tambien te amo!... Ven, ven... aparta de mí este monstruo... que muera yo pura... ¡pura como la ilusion de un niño!... que pueda yo tenerte á mi lado y consagrarte el último suspiro... entonces ¡qué muerte mas feliz! Mi alma volará sin duda á los cielos... Dios perdonará mi delito, porque sabe el objeto que me lo ha inspirado... me perdonará ¿no es verdad?

Inmóvil la escuchaba, sin poder apenas convenirme de que fuese verdad cuanto á mi vista pasaba. Mis piernas apenas podian sostenerme: una densa nube cubria mis ojos, y el corazón parecia romperse de dolor. Sin embargo, saqué maquinalmente mi espada, y al querer atravesar al cobarde que tal desgracia ocasionaba, habia desaparecido ya. Pretendí seguirle; mas ella cogiendo mi brazo:

—Tente! me dijo, no manches tu corazón con un crimen! Tu presencia es mi único consuelo... ¡te amo tanto!...

—Me amas, hermosa! ¡me amas y me lo dices cuando vas á dejarme para siempre!... Quiero morir contigo!... quiero acompañarte á la eternidad!... Déjame estrecharte contra mi seno... confundir mi aliento con el tuyo... ¡Tu vista se nubla!... Laura!... Laura!... no me respondes ya!... ¡fria como la muerte!

—Tus labios me abrasan!... Déjame morir tranquila... ¡Te amo tanto, Enrique! ¡te amo tanto!... ¡hubiera sido tan feliz!... pero... yo muero... aquí... aquí tengo un volcan!... ¡Un vaso de agua por piedad!... ¡Enrique!

—Mirame: estoy á tu lado.

—Enrique!... ¿A donde estás?... tu mano!... ¡á Dios!

—¡Laura mia!

—Adios.

La infeliz dejó de existir, apretando convulsivamente mi mano contra su corazón... He colmado de besos su frente pálida y fria... he estrechado frenético su cadáver en mis brazos, y arrancado la rosa marchita que adornaba su cabeza. Su madre llegó en aquel momento.

—Complaceos en vuestra obra! la dije, y huí desesperado de aquel aposento de horror. Las hojas de aquella rosa marchita, jamás se apartan de mi corazón, como tampoco se aparta de mi mente la escena terrible que á cada paso me recuerdan, y que alejó de mí para siempre el placer y la calma.

Felices aquellos que miran correr sus dias, siempre risueños, al lado de la mujer que amaron!

## CONCLUSION.

Hasta aquí el manuscrito de mi amigo. Pasados algunos dias volvió Enrique á visitarme y se lo entregué.

—Lo has leído? me dijo al tomarlo.

—Seguramente.

—Y qué tal?

—No te compadezco mas ni menos.

—Cómo!

—Como lo oyes.

—Pues te aseguro que no lo esperaba.

—Tampoco esperaba yo hallar en ti un enamorado tan cobarde. Si padeces; si la pobre niña tuvo un fin tan desastroso, tuya y de nadie mas es la culpa.

—Mial!

—A no dudarlo. Yo en su lugar...

—Qué hicieras?

—Toma! haberle declarado mi amor lisa y llanamente como Dios manda.

—Y si recibias un desengaño?... Si ofendido su amor propio, te despedia de su presencia, quitándote hasta la esperanza?...

—No lo haria,

—Y si lo hiciera?...

—Santas pascuas.

—Se conoce que no has amado en tu vida!

—Cómo que no! mas de cien novias he tenido á cual mas hermosas; pero yo no ando en chiquitas, ni me rompo la cabeza escribiéndolas canciones, que produ-



cen por lo general muy mal efecto: verdad es que yo soy un tremendo positivista. Cuando me gusta una mujer, voy derecho á su casa: «hija mía, le digo sin preámbulos, yo te quiero en el alma; estoy perdido de amor; ¿y tú?... Si? pues al avío. No? Cristo con todos: mujeres de mas hay en el mundo.»

—Alabo tu calma.

—Pues qué es cosa de quitarse la vida por unas cabazas mas ó menos?

—Y llamas amor á un cariño tan fácil de ser estinguido!

—No sé que tenga otro nombre.

—Pues no lo es, no: lo que tú experimentas es una pasión bastarda que no merece un dictado tan sacrosanto. Una de dos: ó tu alma es insensible, ó no has amado en la vida.

—Lo que tú quieras. Pero dime ¿qué fue de tu atrevido rival?

—Ha tenido muy buen cuidado de ocultarse en donde jamás le viera; de otro modo...

—Deja la espada en su puesto. ¿Y la madre de tu querida?

—Su madre...

—Qué fue de su madre?

—Llegó á perder la razón enteramente; y en medio de su extravío, le parecía ver un fantasma horrendo que á todas partes la seguía. ¡Era el remordimiento que le presentaba á su Laura muerta recordándola su crimen!... Mira, prosiguió cogiendo mi mano y dando á su voz un acento lúgubre y enérgico: si el cielo te concediera alguna vez una hija, no la obligues jamás á contraer un enlace que su corazón repugne.

La misión de un padre es labrar la felicidad de sus hijos.

BALDOMERO MENENDEZ.

## AL BELLO SEXO.

Muchos hay, preciosa mitad del género humano, que por espíritu de adulación te han hablado haciéndote concebir alta idea de tu valer, muchos que no han querido ver en las que tan vivas sensaciones nos causan mas que unos seres sometidos á la voluntad y capricho del hombre; pero muy pocos los que han procurado con estudio y meditación el conocimiento de la mujer tan necesario para utilidad de uno y otro sexo.

Habiendo de creer á nuestra Historia Sagrada con preferencia á todas las que existen sobre el origen del hombre y la mujer, porque es la que nos dá una explicación mas cumplida de los sucesos, que la oscuridad de los tiempos y la limitación de nuestro entendimiento ha puesto fuera de un análisis positivo: vemos á la mujer puesta al lado del hombre como su compañera, su igual, asociada á sus placeres y al poder que ejercía sobre el universo, hasta que la primer falta cometida causó la ruina común, y la colocó en una dependencia absoluta del hombre sujetándola no solo á su poder sino también á sus caprichos. ¿Qué cuadro tan poco lisonjero es la historia de la mujer desde esta época hasta el triunfo de la religión cristiana!

La celebridad de las Semíramis, Didos, Cleopatras y demas excepciones de mujeres célebres que la antigüedad nos presenta, no destruyen la terrible realidad del estado á que por las leyes civiles y religiosas eran reducidas. Los mas esquisitos privilegios en favor de las sacerdotisas iban acompañados de exigencias que hacían desgraciada la mujer que los obtenía, y los respetos del bello sexo en algunos pueblos antiguos nacía del egoísmo de los hombres. La religión cristiana bautizada con el nombre que se quiera, pero atendida al espíritu de los preceptos evangélicos, es la que ha venido á colocarlas en un terreno mas ventajoso, aunque no sea el que deben ocupar, para acercarse á ser iguales al hombre, compañeras de sus placeres y de su poder. Pero no se entienda que por ser colocadas en la sociedad con iguales títulos que el hombre para participar de sus beneficios hayan de ser exactamente iguales sus goces y sus ocupaciones. Esto no debe pretenderse existiendo entre los hombres mismos por razón de las circunstancias de cada uno, diversidad en sus ocupaciones y en sus goces. Mucha ventaja sacarán de que se procure con solicitud rectificar los juicios exagerados que tanto las perjudican, ya porque las abaten y envilecen con exceso, ya porque á la manera de los poe-

tas se divinicen sus personas ridiculamente, y nosotros procuraremos contribuir á tan noble objeto presentando en diversos cuadros la variedad de sus situaciones con relación á los tiempos en que han vivido ó á las diversas naciones en que al presente pertenezcan.

¿Qué placer no será el nuestro el día que por efecto de la historia de sus diversas situaciones las podamos suministrar algún pensamiento que facilite su defensa contra las injustas agresiones del hombre y su ataque para reconquistar el lugar de que han sido desposeídas! Ejemplos tendrán de los triunfos de sus armas, cuyas heridas no concurren como las nuestras á la destrucción de las criaturas, y en ellas el verdadero estímulo para aprovechar los sacrificios que prodigan sin fruto en el curso de su dorada existencia: y no se crean invenciones ni cuentos, los cuadros que vamos á presentar de las vicisitudes de las mujeres, aunque estén animados por el colorido de la acción y del diálogo; pues esta circunstancia es la única que nos proponemos añadir para herir con mas seguridad la imaginación de nuestros lectores quedando en su ser los trajes, las costumbres y los sentimientos que la Historia Sagrada ó profana ha recibido como verdaderos.

## LAS MUJERES

EN

TIEMPO DE LOS PATRIARCAS.

Era el año de la creación del mundo de 2220 y 1784 antes de la venida de Jesucristo, en que una tarde de otoño vencido el sol en su carrera extendía las



Vista de la tienda de Laban.

Se ocupaban ella y la esclava en coser é hilar, y Zelpha por distraer la tristeza de su señora la decía:—No sé cómo estais tan apesurada gozando la felicidad de ser madre de dos hijos de Jacob, cuando vuestra hermana Raquel tan ambiciosa del cariño de vuestro esposo ve castigada su juventud y hermosura con la esterilidad.

—No creas Zelpha mi tristeza nacida de la preferencia que goza cerca de mi señor y esposo mi hermana Raquel, ni creas que me quejo del abandono en que me veo: más pena nace de no haber tenido el supremo bien de reposar en el seno de mi esposo como Lia sino como Raquel.

—No comprendo cómo pudo ser eso siendo tú su primera esposa.

—Te lo contaré. Ya sabes que Jacob vino de la parte de occidente donde vive nuestra tía la esposa de Isaac, para tomarse como su padre una mujer de la casa de Laban. Por fortuna de Raquel que co-

sombras de las tiendas de Laban, por la llanura del país de Haram en la Mesopotamia. Colocadas en semicírculo y á bastante distancia unas de otras habia como treinta ocupadas por los pastores y dependientes de la casa de Laban, y se destacaba hacia el centro una superior á todas en magnitud en la doble estofa de que se componia y en una forma mas esmerada que las demas. Tenian la entrada todas mirando al oriente, y en derredor de cada una se entretenían los niños jóvenes y se solazaban los animales domésticos. En la tienda central se notaban á derecha é izquierda de su entrada unos sencillos asientos de piedra colocados frente uno de otro, y era el sitio destinado al descanso y á la sencilla sociedad de aquellos primitivos tiempos. Sobre el asiento de la derecha estaba sentada una mujer vestida de una simple túnica blanca de lana, ceñida de una especie de chal del mismo color, y la cabeza cubierta con un paño de lino rodeado á manera de turbante cuyas puntas con flecos caían no sin gracia sobre el hombro derecho apenas cubierto con la túnica. Su palidez, nacida de un sentimiento de tristeza habitual, daba á su fisonomía simplemente regular un interés igual al que se encuentra en la mirada de todas las mujeres que aman con verdad. A sus pies estaba sentada su esclava vestida sin mas diferencia que su hábito era mas basto y tenia el color de la lana negra sin teñir. A muy corta distancia jugueteaban dos niños de una misma edad fatigando un soberbio mastín que se hacia sordo á los importunos juegos de los niños y permanecía impávido en su actitud de dormir. La tienda era de Laban, hermano de la mujer de Isaac. La que estaba sentada era Lia, su hija mayor, la que estaba á sus pies era Zelpha, su esclava, y los niños eran los gemelos Ruben y Simeon, fruto de la primer noche de bodas de Lia cuando fué casada con Jacob.



ñor exhalando mis quejas y pidiéndole fuerzas para sobrellevar mi desgracia. También me dirigía á Jacob, y como si estuviese cerca de mí le decía: Sabe que te amo, que envidio la dicha de mi hermana, y que el día en que ella va á ser feliz yo moriré de dolor. Al pronunciar estas últimas palabras siento pasos y veo á mi querido padre, que me había seguido cuidadoso de mi ausencia. Me arrojo en sus brazos ocultando en su seno mi turbación y mis lágrimas. Mi querida hija, dice Laban, á quien he recibido la primera en mis brazos, ¿por qué no acudes al corazón de tu padre? ¿crees que yo abandonaré tu amor á la desesperación?

—¿Qué puedo yo en competencia de mi hermana? Ella es amada de Jacob: y yo la quiero también á pesar de que siento perder mis fuerzas al pensar que en la noche de mañana entrará conducida por vuestra mano en el aposento de Jacob. Entonces oprimiéndome contra su seno, me dijo conmovido. No te dejaré perecer, querida mía, antes que mis promesas estén los sentimientos de mi corazón, y sin más decir me trajo á mi habitación. Alguna esperanza nació en mi angustiado pecho de sus palabras, y ella sostenía los esfuerzos que hacía para superar la agitación de mi amor desatendido. Llegaron al día siguiente, último del año sétimo, los reyes y príncipes vecinos montados sobre camellos cubiertos de magníficos tapices como tú viste, y en medio de la alegría y el festín solo de mis ojos salía alguna lágrima, que no podía reprimir al ver pintado en los semblantes de Jacob y de Raquel el contento de una dicha que se siente acercar. Solo las miradas de mi padre derramaban alguna esperanza en mi ánimo abatido.

Concluidas las fiestas todos se retiraron á sus tiendas, y nosotras á la nuestra con nuestro padre Laban. Me despojé de mis adornos, pero Raquel conservó los suyos y sentada cerca de mi lecho estaba pensativa y temblorosa porque agitaban su corazón el amor, el pudor y algún presentimiento fatal quizá. Pasados algunos momentos de reposo, mi padre con imperativa voz dijo:

—Lia! mi hija mayor, sígueme al aposento de tu esposo.

—Es posible? contestamos ambas admiradas. —Padre mío! dijo Raquel, ¿no soy yo la prometida de Jacob?—Es verdad: pero ¿ignoras ser la costumbre del país casar primero á la hija mayor? ¿Quién se casaría con Lia después de que sufriese la afrenta de ser pospuesta á su hermana menor? Tú ya tendrás esposo, porque yo te amo como á tu hermana y procuraré casarte pronto con algún poderoso príncipe.

¡Ay padre mío! ¿por qué me habeis engañado? respondió mi afligida hermana.—Raquel!!! dijo nuestro padre: nunca he oído de tu boca agravios contra mi autoridad... si sales de esta habitación antes de que amanezca, mi maldición caerá sobre tu cabeza. Concluidas estas terribles palabras me cogió de la mano y me condujo al aposento de Jacob toda azorada y sin saber lo que por mí pasaba. Entramos, y mi padre con voz fuerte dijo:—Hijo de Abraham, recibid vuestra esposa; yo os la entrego, y confiándoos mis derechos sobre ella, contraéis mis obligaciones: protegéd y amad vuestra compañera, y tú, hija mía, obedece á tu nuevo señor... ¡Dios del cielo! Bendice y fecunda la unión de los dos esposos... y me dejó en los brazos de Jacob, cuyas caricias me hacían perder el conocimiento ahogando mi voz y mi razón tanta felicidad inesperada. Quedó dormido en mi seno Jacob, y yo vuelta en mi del desorden que había experimentado me llené de terror y de arrepentimiento. Sufría al pensar la sorpresa de Jacob cuando conociese su engaño: y colocando su cabeza que estaba sobre mi seno en el lecho, me separé de su lado no sin imprimir un apasionado beso en su tranquila frente. Me puse de rodillas sobre el pavimento y no hacía más que suspirar y pedir á Dios que me librara del odio que iba á inspirar á mi esposo. Al ruido de mis sollozos Jacob se despertó, y con voz dulce y apasionada decía. ¡Querida mía! ¿dónde estás?—¡Ven á mi lado, paloma mía! ¡ven á disipar el sobresalto que ha causado en mi corazón un sueño funesto que he tenido. ¿Lo creerás, hermosa Raquel? Estando á tu lado y cuando mi corazón latía de placer por tí, he soñado que te habían separado

de mí. ¿No respondes nada, vida mía? Yo sollozaba solamente.—El se levanta, viene hacia mí, y yo me abrazo á sus rodillas y riego sus pies con mis ardientes lágrimas. A la débil luz del naciente día me conoce y exclama: ¡Qué veo!... ¡Desgraciada!... ¿Eres tú á quien he unido mi suerte para siempre? Tus días serán como los míos llenos de amargura!—Huye... déjame... me causas horror.—Acabadme la vida, ¡señor mío!... lo merezco... un instante de confusión me ha perdido... Yo os adoraba y moría por vos... lo habeis visto en el espacio de siete años, y yo callaba y devoraba en silencio la amargura de veros amar á otra. No creí que pudiesen llegar mayores penas á mi corazón, y me dejé llevar por mi padre á vuestros brazos. ¡Ojalá hubiese muerto inocente pronunciando vuestro nombre en mi último suspiro, antes que ver vuestra indignación! Por piedad... por justicia herid! Libradme de la presencia del día. Libraos vos de la mía, herid, y aun así no dejaré de amaros vuestra sierva.—El Señor no ha hecho mi corazón de bronce, me contestó Jacob con voz conmovida. Levántate: yo huiré y volveré al país de mis padres. ¡Ah! qué lacerado está mi corazón, exclamó, y me dejó en la habitación abandonada á mi misma. La promesa de obtener á Raquel le conservó á mi lado algunos días, pero nunca su corazón se ha movido á mis halagos. Su bondad le hacía dulce en su trato conmigo, pero ama á Raquel, y no me queda más consuelo que ser madre de esos dos hijos de Jacob.

La presencia de Raquel saliendo de la tienda interrumpió la conversación de Lia y su esclava Zelpha. Su rostro de acabadas facciones no tenía la rubicundez que cuando llegó á abreviar su ganado á la fuente, en cuyas márgenes vió á Jacob la vez primera. Su traje sencillo como el de su hermana estaba ceñido con poco esmero, á pesar de que esto no sentase mal á su magestuosa estatura. Parada en el umbral de la tienda sus miradas estaban fijas en los niños Ruben y Simeon, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas al recordar que era estéril. Entre los objetos que los niños usaban en su entretenimiento había un ramo de mandrágoras, cuya planta tenía la virtud de promover la fecundidad según vulgar opinión de aquellos tiempos. Excitada Raquel por el deseo de las mandrágoras, y afligida de ser estéril, se sienta al lado de su hermana Lia; Zelpha se levantó y las dejó solas.—Hermana mía, la dijo, ¿me das esa flor que disputan tus niños? Yo la llevaré, dijo Raquel, en mi pecho y quizás llegue á ser madre como tú.—Lia se levantó, y tomando la mandrágora se la dio diciendo: toma, nada debe de faltar á tu felicidad. Raquel animada por la complacencia de su hermana cogió en sus brazos al niño Simeon, y sentándolo en sus rodillas le acariciaba. El niño correspondiendo elevaba sus tiernas manos, y tocando las mejillas de su tía correspondía á sus caricias. Conmovida Raquel y fuera de sí, pone en pie al niño, y arrojándose á los pies de Lia con voz conmovida y los ojos llenos de lágrimas la dijo:—Hermana mía, tengo una gracia que pedirte.—Decid lo que queráis.—No sé si me atreva después de haberte causado tanta pena.—Habla. ¿qué quieres?—Que me des á tu hijo Simeon... tú serás su madre siempre, y no se separará de tí; pero yo cuidaré de su infancia, le llamaré hijo mío, y engañaré mi dolor... no me rehuses esta gracia. Lia estuvo suspensa... pasados algunos momentos sus pálidas mejillas se coloraron, y después de acariciar y levantar á su hermana la contestó:—Os doy mi hijo, pero prometedme también una gracia.—Te la prometo, dijo Raquel, hablad.—Lia permaneció silenciosa, y mas se coloraron sus mejillas. Pasado un momento dice:—Raquel, el amor de nuestro esposo es la causa de nuestros disgustos: consentid en permanecer sola esta noche: una noche se pasa pronto.—Raquel vacilaba... consiento en ello dijo, y tomando al pequeño Simeon lo entró en la tienda para trasladar su cuna á su aposento.

Lia llamó á Zelpha y la dijo:—Yo recibo hoy á mi señor en mi aposento; prepara mi mejor túnica de lino, entrelaza mis cabellos con pedazos de púrpura, tráeme las alhajas que heredé de mi madre, derrama mirra, mardo y cinamomo que voy á adornarme y presentarme digna de recibir las caricias de mi esposo. Entraron ama y esclava en la tienda, y algún tiempo después salió Lia con un semblante tan animado y tan bien colocados sus adornos que pare-

cía hermosa aun á su hermana Raquel, que suspiró al verla pasar, y se fué á encontrar á Jacob que se retiraba de cuidar las haciendas y ganados. Jacob sorprendido de verla ataviada cual nunca la había visto, se paró silencioso.—Señor, le dijo Lia con una voz dulce, vos vendreis á reposar conmigo esta noche, porque yo he obtenido esta gracia de mi hermana en cambio de cederla nuestro hijo Simeon, á quien tanto amo porque se os parece, y no tengo otra dicha que ser madre de vuestros hijos. Ruborosa al pronunciar estas palabras se escaparon algunas lágrimas de sus ojos, nacidas mas de la dicha que esperaba que de las aflicciones pasadas. Yo no os he molestado con mis ruegos, continuó, recompensad mi amor y mi paciencia... por la primera vez arrojad una mirada de amor á vuestra sierva! Jacob enternecido la dice: era escusado que hubiéseis cedido á vuestro hijo Simeon, también te amo á tí, querida Lia, y partiré con los dos mi ternura y mi cariño.

¡Yo usurpé á mi hermano mayor la primogenitura, y respeto las miras del Todo Poderoso! Se entraron en la tienda y en el aposento de Lia.

CAMILLO ALONSO VALDESPINO.

## VIAJES.

Debemos á la amistad de nuestro colaborador don Enrique Gil la siguiente carta.

Señor director de EL LABERINTO.

Aunque dice el antiguo refrán castellano que «A muertos y áidos no hay amigos» sin duda para las cosas malas no debe de tener fuerza y vigor, pues no ha faltado quien me diga desde esa muy heroica villa lo poco contento que Vd. se muestra de mí viendo la mala cuenta que doy de la promesa que le hice de remitirle algunos artículos de viaje. De lección me servirá para en adelante, porque á decir verdad, señor director, ni supe lo que le prometí, ni contaba con la huésped, es decir, con el modo de viajar de esta tierra de rápido progreso, en que una vez embaucado el viajero en sus diligencias se convierte de todo punto en fardo de mercancías, y así se cuida nadie de él como de las nubes de antaño. Día y noche son iguales para esta gente infatigable: no parece sino que á sus ojos todos venimos de casta de postillones, y que debemos dormir al ruido diabólico de sus carruajes del mismo modo que los marinos al compás del balance de su barco. No puedo decir hasta qué punto es exacto semejante raciocinio, aunque por amor á la verdad, y teniendo en cuenta el sueño profundo y sosegado de la mayor parte de los compañeros que en el viaje me tocaron, ya fuese con el sol en los ojos, ya en medio de las tinieblas de la noche, fuerza es confesar que el cálculo de los empresarios de diligencia no va del todo fuera de camino. Yo pecador que no tengo por costumbre semejante locomoción, ni por otra parte traía en el pensamiento ningún proyecto comercial que me hiciese dar gran precio á las horas, sé decir de mí que ni el cuerpo ni el alma se daban por contentos de semejante ejercicio; el uno porque se sentía no menos bien molido y mal andante que el del caballero de la Triste Figura; y la otra porque se veía obligada á interrumpir mas á menudo de lo que quisiera la serie de observaciones y discursos en que se complacía durante el viaje. De esta suerte he caminado de un tiron las 87 leguas que hay desde Marsella á Lyon, y de otro tiron ó poco menos las 119 que separan á esta gran ciudad de París. ¿Cómo quería Vd., pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos? Ya sabe Vd. que entre nuestros caros compatriotas hay algunos, entre los pocos que setoman el trabajo de leer mis borradores, que me tienen por hombre de juicio y de conciencia. Dios y yo sabemos con qué fundamento: ¿cómo quería Vd. pues que á riesgo de dar al traste con esta su caritativa opinión fuese á incurrir en un vicio que no hace mucho tildaba en la mayor parte de los extranjeros que de nosotros hablan? Bien conoce Vd. que la economía debe guardar proporción con el capital de que uno dispone, y que quien



apenas tiene mas títulos que la benevolencia de los suyos, obra cuerda en conservarla con cuidado.

Si con todas estas razones no se da Vd. por satisfecho de mi silencio, como lo veo muy posible, no crea por eso que me considero vencido, pues aun tengo otra muy buena y mas poderosa que todas, á saber: la pereza, de la cual poco ó mucho participará Vd. sin duda y que de cierto hablará en mi favor mas alto que otro argumento alguno, por aquello de *Non ignara mali*. De todas maneras á su amparo me acojo, porque en último resultado ella sola puede dispensarme de mi silencio. A propósito del hermosísimo puerto y alegre ciudad de Marsella donde por primera vez de mi vida he visto un bosque verdadero de mástiles y desaparecer el agua bajo de innumerables quillas, donde en corto trecho han cautivado mis miradas trajes y aposturas de casi todo el mundo, y herido mis oídos una confusión de lenguas tal que recordaba la de Babel, y donde finalmente el cotejo de la ciudad antigua alta, encaramada y llena de calles retorcidas y oscuras, con la moderna, alegre, bien trazada, con calles tiradas á cordel y cortada en ángulos rectos, regadas por pequeñas corrientes de agua viva y sombreadas á trozos por frescos arbolados, daba la medida de la diferencia de los tiempos y de la marcha progresiva de la ilustración y cultura del género humano. No menos dignas de especial mención eran sus cercanías amenas, frondosas y variadas, no menos por las desigualdades suaves del terreno que por las innumerables casas de campo cercadas de sotos, viñedos y praderas que las adornan, y animadas por el tráfico incesante y vividor que produce su colosal comercio. Algun recuerdo merecían tambien las fértiles aunque monótonas llanuras del departamento de Vaucluse, pobladas de moreras y algo semejantes por esta razón á algunos trozos del reino de Valencia; y célebres sobre todo por aquella famosa fuente en que el Petrarca cantaba sus versos á la hermosa Laura, y que mas tarde mereció la especial visita del rey mas caballeresco de Francia (1) la impresión que me causó Avignon fué de las mas agradables que experimenté en mi camino. La noche habia sido lluviosa, pero la mañana se presentaba azul y despejada, de manera que los rayos del sol rielaban vivamente en aquellos campos y arboledas cargadas de gotas de agua, y que á cada soplo del viento figuraban una lluvia de topacios y diamantes. La ciudad ofrecía un aspecto singular, pues por un lado sus murallas preciosamente conservadas y coronadas de almenas la daban un carácter militar decidido, y por otro sus numerosas torres y campanarios acusaban la antigua residencia de los Papas, y eran muestra de su fisonomía sacerdotal. Rodeámosla, y por la orilla del Ródano seguimos nuestro viaje hasta Valence, disfrutando constantemente un paisaje que la naturaleza y el trabajo del hombre embellecían á porfía, pero que cobró á mis ojos mayor atractivo cuando entramos en el estrecho valle donde el Ródano cogido en un espacio muy reducido, camina con rapidez grandísima como deseoso de salir de semejantes prisiones. El paisaje era silvestre y áspero á mas no poder: por ambas orillas, y sobre todo por la opuesta al camino, subían en rápido declive algunos prados donde pacían desparramadas cabras, ovejas y vacas, que en general contrastaban por su color claro con el verde oscuro de la yerba. Fresnos, álamos, chopos y robles señalaban el curso del río y servían de coto á aquellas breves y empinadas alfombras de verdura, por encima de las cuales unas veces se veían hermosas viñas y otras extendían los montes sus matorrales de jaras y retamas. Mientras atravesamos el valle ningún barco grande de vapor ni de vela vino á turbar la soledad magestuosa y un tanto melancólica del río: solo algunas barquillas que se deslizaban pegadas á la orilla se ofrecieron á nuestra vista. El paisaje alumbrado ya por los últimos rayos del sol era en sí mismo muy hermoso sin duda, pero á mis ojos tenía un mérito y atractivo especial, porque me recordaba las hoces y cañadas por donde he visto correr las aguas cristalinas del Sil en mis primeros años, y parecia traerme un eco de aquellas quebradas y un recuerdo de mi patria ausente y querida.

Al salir del valle cerró la noche afortunadamente para Vd., señor Director, que segun el pa-

so que iba tomando mi pluma en los anteriores renglones, se veía amenazada de una especie de inventario de viaje, y ya todo comenzó á pasar á mis ojos como un tropel de formas vagas y confusas mas propias para un cuento á manera de los de Hoffman que para una narración á la buena de Dios, como por ahí decimos; y que lejos de embarcarse en nubes ni de cabalgar en hipógrifos como los caballeros y damas del Ariosto, camina bravamente á pie y aun cojeando de lo bueno si no me mienten las señas. Por fin y por no cansar diré á Vd. que me detuve dos dias en Lyon, de cuya ciudad y de sus fábricas si fuera á hablar no me llegaría por varios dias todo el espacio del periódico. No quiero pasar en silencio, sin embargo, la vista soberbia que se disfruta desde la iglesia de San Juan de Fourviers situada en una escarpada eminencia que domina la ciudad á caballero, y á cuyos pies el Saon sosegado y tranquilo entra en el Ródano impetuoso y rápido, ciñendo entrambos con sus brazos de cristal y como en un abrazo de ternura aquella rica y pintoresca población. Construida sobre varias colinas, con los largos paseos de sus muelles plantados de árboles, con sus numerosos puentes, calles torcidas, y anchurosas plazas, con los innumerables barcos de vapor y de vela que cruzan sus rios, y rodeada de fértiles campos que termina al oriente el imponente grupo de los Alpes, ofrece Lyon desde las alturas de Fourviers uno de los panoramas mas hermosos que pueden imaginarse. Aquel espectáculo es uno de los pocos que están hechos para no borrarse fácilmente de la memoria de quien lo ha visto.

A los dos dias salí de este emporio de la industria francesa en un barco de vapor de los del Saon; viaje de todas veras delicioso si el tiempo hubiera permitido disfrutar de aquellas frescas orillas; pero el viento era tan frio y tan violento, la lluvia tan frecuente y desatada, y las nubes tan bajas y apiñadas que los términos un poco distantes del paisaje se perdían con frecuencia, y aun los cercanos no siempre se presentaban con sus verdaderos contornos. El frio ademas era tal, á pesar de hallarnos en los últimos dias de mayo, que sin embargo de mi firme resolución de pasar en cubierta todo el tiempo de la travesía, mas de una vez para templarme un poco, hube de meterme en la cámara, de donde ningún pasajero salía sino por contados momentos. Asi y todo no dejaba de haber escenas vivas y curiosas; porque como era el último día de la pascua de Pentecostés infinidad de gentes y de aldeanos sobre todo entraban y salían en las diversas paradas que el vapor hacia ya en una ya en otra orilla, y presentaban una serie siempre nueva de objetos y un continuo movimiento. Por desgracia á esto venia á reducirse todo, porque el campesino francés nada tiene de comun ni en su fisonomía ni en su porte con la traza inteligente, resuelta y altiva de nuestros paisanos; y en cuanto á las mujeres, Dios nos tenga de su mano, pues ora provenga de que las faenas mas duras de la labranza alteren sus formas, ora de que la raza sea de suyo pesada y poco airosa, ora en fin de aquellas sayas descomunales que atan por debajo de los brazos mismos y las hacen parecer niños empañados, ó lo que es mas probable de todo punto, el resultado es que la sensación que producen en un español maldita la cosa tiene de agradable. Como quiera, y dejando esto aparte, diré á Vd. que por la tarde desembarcamos en Chalons y rodando toda aquella noche por los campos de la nombrada Borgoña, nos encontramos al otro dia no solo con un cielo puro y diáfano, sino tambien con las orillas del Jonne superiores sin duda en suavidad, frescura y alegría á cuanto hasta allí habia pasado por delante de nuestros ojos. En verdad que poco puede imaginarse de mas apacible que aquel valle cuyas laderas sembradas de panes, bajaban en manso declive hasta las praderías y arboledas que marcan el curso undulante y sinuoso de aquel río terso y unido casi siempre como un espejo. Todos los pueblos por donde pasábamos nos parecían á lo lejos enclavados en un bosque, pues nombre de tal merecen los inmensos y frondosos paseos y plantales que le servían de marco. Los efectos de luz ya entre los sotos y alamedas, ya entre las quebradas y vallécillos un poco apartados, ya por fin en la lámina reflectante del río, eran de una riqueza y variedad infinita, y aquel paisaje, á cuya inexplicable armonía de calma y sosiego no faltaban ganados y pastores, ni

tal cual barca que bajaba pausadamente con la corriente, ni accidente alguno en fin de la vida campesina, era seguramente digno del gran pincel de Claudio de Lorena. Todo el dia duró este panorama que de puro dulce y tranquilo mas de una vez entristecía el alma; y á las diez de la noche, despues de caminar buen rato por una sombría avenida, en que lo espeso del arbolado cerraba el paso aun al rayo mas fugitivo de la luna, entramos en Fontainebleau, donde habia resuelto pararme escarmentado de lo mal que me habia ido en las dos noches que pasé desde Marsella á Lyon, y deseoso ademas de ver aquel famoso sitio, en lo cual emplee el dia siguiente.

Tal vez espera Vd. una descripción algo mas circunstanciada de este palacio querido y embellecido á porfía por todos los reyes de Francia y que seguramente merece estos cuidados, no tanto por su belleza arquitectónica, pues difícilmente podían consentirla las varias construcciones que sin gran plan ni sistema se han ido agregando al antiguo edificio; cuanto por sus varios y esquisitos detalles, y sobre todo por sus admirables alrededores. Si así es, lo siento por Vd., Sr. Director, porque declaro solemnemente, como ahora se dice á propósito de asuntos de no mayor cuantía, que veinte y cuatro horas no bastan para formar juicio exacto de tantas cosas; y porque ademas, por una rareza de que tal vez no se maraville Vd., un espacio bueno de tiempo y una parte no mala de mi atención la empleé en examinar una pieza de paso muy insignificante del palacio y un velador que no vale arriba de 30 francos. Sabe Vd. porqué? Porque en esta pieza y sobre este velador firmó el emperador Napoleon su abdicación famosa, y porque en aquel breve y reducido espacio se desplomó repentinamente la obra del genio y de la gloria al soplo cruel de la fortuna. La auténtica del suceso está en una lámina de bronce clavada en la parte inferior del velador, y el borrador de la abdicación de puño del Emperador en un cuadrito dorado colgado en la pared de enfrente. Despues de semejantes emociones fácil es de concebir que todos los primores y magnificencias que se ven no parecen sino juguetes de niños, y que el afán de los reyes por perpetuar su poder de un día trae la risa á los labios: yo por mi parte recorrí aceleradamente el resto de los salones y galerías, y fui á confiar mis pensamientos á los árboles, breñas y collados de aquel bosque incomparable que habian visto pasar á Enrique IV el Bueno, á Luis XIV el Magnífico y al gigante de nuestros dias. Muchas ponderaciones he oído y leído del tal bosque, pero confieso que no las tengo por sobradas, pues sus puntos de vista son admirables á todas luces, y él despues de Dios bastó á convertir á Lantara, desdichado vaquero de Acheses, en un pintor de alguna nombradía. El resto del sitio es hermoso, y sobre todo está cuidado con infinito esmero; pero adolece de escasez de aguas falta no pequeña en semejantes posesiones, y que le quita aquella pompa y lozanía en la vegetación que son el principal adorno de Aranjuez.

Al otro dia acabé de atravesar la gran selva, dirigiéndome á Corbeil para tomar el camino de hierro que un poco mas adelante de este pueblo entronca con la línea de Orleans. Tan á punto llegamos que no tuve tiempo sino para meterme en un coche de los del tren que arrancó al punto. Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomoción del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente, pues la velocidad descompasada con que pasan todos los objetos cercanos como arrebatados por un torbellino, junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde no poco los oídos. Sobre todo cuando otro comboy pasa al lado; como la velocidad se dobla, parece cosa de magia, aunque á decir verdad la tal magia mucho mas tiene en apariencia de negra que de blanca. Por lo demas la comodidad es grandísima, los carruajes magníficos, el precio equitativo, y el servicio regular y exacto. El camino desde Corbeil es muy agradable, porque sin contar la vista del Sena, se disfruta la de una porción de villas y aldeas situadas pintorescamente como son: Donjons, Soissy y Etioles en frente la posesión de Petit-Bourg, colonia industrial y agrícola fundada por nuestro difunto compatriota Aguado: atraviésase ademas el parque de este palacio junto con el Gran-Bourg y el de Fromont, y sin dejar de tener á la vista

(1) Francisco I. de Francia.



hermosos collados vestidos de arbolado, se encuentra Charenton á la derecha, el inmenso edificio de la Salpetriere á la izquierda, y en seguida se entra en el embarcadero situado en frente del puente de Austerlitz. Todos estos milagros se hacen en cosa de una hora, de manera que aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guía no correría la misma suerte.

En fin, ya me tiene Vd. en la capital del mundo civilizado, como la llaman estas buenas gentes con su acostumbrada y encantadora modestia. ¿De qué quiere Vd. que le hable ahora? ¿Por ventura de la fisonomía extraña de este pueblo, del género de vida que en él se hace, de sus monumentos, espectáculos, etc., etc.? Para eso juzgo mucho mejor para el periódico y mas descansado para Vd. copiar uno por uno los artículos que sobre el mismo objeto escribió el Curioso Parlante, que al cabo por la circunstancia extraordinaria de haber residido mas tiempo, y por la ordinaria de tener mas juicio y talento que yo, es voto de algo mayor peso. ¿Quiere Vd. que le dé cuenta de la sorprendente exposicion de la industria francesa que por fortuna mia he visto y recorrido muy á mi sabor durante todo el mes de junio? Pero en tal caso ya podía Vd. aprestar cajistas, papel y aun paciencia, porque la cosa daría de sí para un buen volumen, y sino á la prueba me remito para cuando salga el dictamen de la comision especial. ¿Prefiere Vd. una noticia especial del magnifico templo que ha levantado este monarca ilustrado en Versailles á las glorias y á las artes de la Francia, y donde los ojos acostumbrados á la franca y gallarda escuela española, pasmosa no menos por su vigor que por su dulzura, encuentran infinitas cosas que desentonan y chillan mas de lo que chillaría una gaita gallega en el *Requiem* de Mozart? Supongo que no preferirá semejante cosa porque me supondrá cansado de escribir como yo le supongo cansado de leer este artículo, en que si el amor propio de escritor no me engaña, del mismo modo quedarán burlados los que busquen instruccion y recreo. De todas maneras aunque le doy licencia de tratarle como guste, le aconsejo que sea con cariño, porque si este primero encuentra mala acogida, uno ó mas que le enviaré sobre Rouen su camino (viaje que haré solo para desagrar á V.) no se atreverían á andar tantas leguas para hallarse con cara de palo. Despues de mi salida de Francia procuraré ser mas puntual si la obligacion (que como Vd. sabe no es floja) consiente algun espacio á la devoción.

Ahora solo me resta concluir como nuestros poetas cómicos del siglo XVII, pidiendo perdon al público de los yerros, y á Vd. del tiempo que le ha quitado su atento servidor y buen amigo, Q. B. S. M.

ENRIQUE GIL.

Paris 10 de julio de 1844.

## Revista de la Quincena.

Tristeza, soledad, melancolía, angustia, fatiga y pesadez, no otra cosa son para los que habitan el suelo madrileño, los quince primeros dias del mes de agosto, mes de calores terribles, mes de enfermedades continuas, y en que las gentes á imitacion de las hojas que en un solo dia trocan su verde en mustio color, habrán de cambiar las frescas ropas que visten, por otras de mayor abrigo, so pena de encontrarse á la vuelta de una esquina con los frios de diciembre. El temperamento en Madrid es tan inconstante como la fortuna, tan veleidoso como el amor, tan fugitivo como la esperanza, tan caprichoso cual sutil nube de humo que ondula entre céfiro ligero, y se la ve desaparecer. Todo esto no será suficiente á privarnos el saborear las faustas nuevas que hemos recibido acerca de nuestros asuntos con el imperio de Marruecos: un crimen bárbaro, un crimen en que el derecho de gentes estaba hollado, destrozada la causa de la humanidad, hecha pedazos y por el suelo la grande obra de la civilizacion, se habia cometido con nuestra España: la reparacion tenia que ser tan grande como la injuria; el emperador marroquí se negó una y otra vez á reparar tanto agravio; era preciso y de todo punto inevitable un rompimiento; la guerra estaba preparada; el emperador no podía en su situacion menos de temerla, y temien-

dola ha teaido al fin, ya que no confesar su pecado, sufrir la dura penitencia. Cuando insertaba la Gaceta oficial la comunicacion del cónsul de España en la plaza de Gibraltar, con la plausible noticia de haberse terminado definitivamente y satisfactoriamente, las cuestiones pendientes de España y Francia con Marruecos mediante las negociaciones llevadas á cabo por el agente inglés Mr. Hay, recibimos la noticia de haber sido bombardeado Tánger por el príncipe Joinville. Este es el resultado que podía prometerse el emperador marroquí, que verá muy luego, como á este bombardeo sigue el de Mogador y demas puertos del imperio. Tambien en estos momentos debe estarse resolviendo otra cuestion no menos importante para la paz de nuestro suelo y tranquilidad de las conciencias; la cuestion eclesiástica ocupa hoy sin duda alguna á la corte de Roma, y es de esperar que con la llegada del señor Castillo y Ayensa tengan feliz término los asuntos de la iglesia, sin que se lastimen en lo mas mínimo tantos intereses creados. El gobierno austriaco se ve cada dia mas y mas comprometido con los desórdenes de Praga, á cuyo punto manda fuerzas considerables; mas de 20,000 israelitas abandonan el pais perseguidos cruelmente por el pueblo; y el célebre banquero Rostchild, á quien es deudora la Alemania entera de inmensos beneficios, es despedazado y se le arrastra por las calles en retrato. El consejo de guerra establecido á causa de la revolucion de marzo en Cosenza, condena á 21 individuos á la pena de muerte y 10 á treinta años de prision; pero la clemencia del rey de Nápoles alcanza á 15 de los condenados, y conmuta su pena en perpetuo encierro; entretanto se cuenta como cierta la muerte de los dos hijos del almirante austriaco Bandiera, á consecuencia de las heridas que recibieron en el combate contra las tropas napolitanas durante la funesta jornada de la Calabria. La capital de Francia, el pueblo inmenso de París, celebra con magnifica pompa el décimocuarto aniversario de la famosa revolucion de Julio. Los campos Eliseos iluminados completamente presentan un cuadro asombroso, las aguas del Sena en que se figura un combate naval, una ilusion mágica, las cueñas, los juguetes de todas clases, una variedad inmensa y los arcos de la Estrella y de la plaza de la Concordia, descollando magestuosos entre inmensas luminarias, un golpe de vista tan magnifico como sorprendente. El rey de los franceses, que nació con aquella revolucion, lo mismo que la Carta de Francia, de la cual puede llamarse hermano, ha querido solemnizar estas fiestas premiando á los artistas y fabricantes que mas se han distinguido en la última esposicion de los productos de la industria francesa. A tan augusto acto, ha asistido Luis Felipe vestido con el uniforme de la guardia nacional; y despues de repartidos los premios, ha solemnizado tan fausto dia con un magnifico cuanto espléndido banquete. Concluida la comida, ha tenido lugar un concierto monstruo, al que ha asistido inmenso número de artistas, fabricantes, maestros, y en el que la *Marsellesa* ha alternado con los coros del *Moises*, y sin número de piezas escogidas y primorosamente ejecutadas. Asi va sosteniendo el monarca francés el peso inmenso de la corona que se asienta en su cabeza; quiera el cielo que esta no se rinda con el peso de los años! ¡la paz del mundo se alteraría completamente en dia tan aciago! La visita que tiene prometida á la reina Victoria, tendrá lugar á primeros del mes entrante, época para la cual habrá terminado la convalecencia de su alumbramiento: el mariscal Soult acompañará á S. M. que tornará de su visita por Bélgica, con el objeto de abrazar á sus augustos hijos. Es milagro, y de ello damos gracias á la Providencia, que no haya habido en este año algun intento de asesinato contra tan augusta persona. No ha sido tan afortunado el rey Othon, á quien ha tratado de arrebatár la vida un sargento de gendarmes, que estaba demente. Este desgraciado se precipitó en el palacio, y quiso penetrar por la puerta privada que sale al jardin: un centinela lo persiguió desde el principio, le alcanzó luego, y le cruzó la bayoneta por el cuerpo dejándole muy mal herido. En mayor peligro y con no escasa fortuna, ha estado el rey de Prusia al partir en compañía de la reina á la Silesia. A las 8 de la mañana del 26 de julio y cuando esta habia ocupado su asiento en el carruaje, un hombre embozado con una capa parda, logró acercarse á dos pasos de la rueda delantera y disparó sobre el rey dos pistoletazos que á nadie hirieron: el asesino cometió este horrendo crimen con una pistola de dos cañones; inmediatamente fué preso aunque con gran dificultad, pues quería el pueblo hacerlo trizas; dijo llamarse Tschack, tener 36 años de edad; y que no habia cometido el crimen por inspiracion ajena sino propia, y guiado por el deseo de hacer un servicio á su pais asesinando al rey y dando asi una leccion saludable á sus sucesores. Ha fallecido en Florencia el 28 de julio último á las nueve de la noche, José Bonaparte, antiguo rey de nuestra España. En el número inmediato de El Laberinto se dará su biografía acompañada del retrato. Tambien en la capital de Portugal se han celebrado solemnes fiestas con motivo del aniversario de la promulgacion de la Carta, y en

nuestra España, en la capital del Principado, en la rica Barcelona, cuyos muros ha abandonado nuestra adorada Isabel, no se ha perdonado medio ni fatiga á fin de obsequiarla de la manera mas cumplida. Antes de verificarse la partida de SS. MM. y A. ha tenido lugar la presentacion de la medalla consagrada á la memoria del regreso de S. M. la reina madre al suelo español. Tiene dos pulgadas de diámetro y dos líneas de espesor. En el anverso se encuentra el busto de S. M. la reina madre con la inscripcion:

MARIA CRISTINA DE BORBON:

y en el reverso, una carroza tirada por cuatro caballos y montada por una graciosa ninfa derramando aromas con la diestra y abrazando con la siniestra el cuerno de la abundancia. En el exergo se leen estas palabras:

AL REGRESO DE CRISTINA A ESPAÑA,  
LA DIPUTACION PROVINCIAL DE  
BARCELONA.  
AÑO MDCCCXXXIII.

Cada una de las personas reales han recibido una coleccion, compuesta de una medalla de oro, otra de plata, y otra de cobre. Muy luego tendrá la capital de España la envidiable fortuna de encerrar en su seno á la augusta Isabel, cuya salud, gracias al cielo, ha mejorado extraordinariamente á favor de las aguas de Cataluña. La cuestion electoral va cobrando alguna mas vida á medida que se va acercando el dia señalado para la eleccion; cuéntase á pesar de esto, que un partido numeroso, no se presentará en el palenque abierto por el gobierno, y que solo trata de hacer presente á la Nacion los motivos que le inducen á seguir semejante conducta.

En el número anterior de EL LABERINTO, desahogábamos nuestro corazon, felicitándonos de hallarse asegurada la paz y tranquilidad del vasto continente donde moran nuestros hermanos de América. Hoy despedazados por el dolor mas acervo, el llanto asoma á nuestros ojos y el alma se conduce al referir la triste escena de que ha sido testigo aquel pais virgen é inocente. Siguiendo su curso la causa sobre la conspiracion allí descubierta ha resultado cómplice Gabriel de la Concepcion Valdés, conocido por PLACIDO, célebre poeta, sublime genio por cuyas venas circulaba la sangre africana, junta con la europea. PLACIDO era un peñetero de Matanzas que no quiso como debió abandonar la Isla de Cuba, país para él ingrato cuando fué comprada su libertad, merced á los generosos instintos de varios jóvenes: por respirar las brisas de su patria se habia sometido al envilecimiento que la humanidad imprime sobre el color de su rostro. Parece que al desgraciado le designaban por rey los conjurados ¡corona mas brillante é imperecedera ceñían ya sus sienes, y se la hubiera conquistado por sí sola su última plegaria, si no la poseyera ya de mucho antes! No podemos resistir al deseo de copiar íntegra esa composicion nacida de lo íntimo del alma. Algun periódico de esta corte ha supuesto que Plácido la escribiría sin duda para ablandar á sus jueces! ¡qué juicio tan cabal, qué comprension tan exquisita tendrá quien eso crea! pues qué ¿son los hombres capaces de inspirar pensamientos tan sublimes, palabras tan solemnes? Lo que es cierto que si á Plácido le condenó la justicia, pudo salvarle la clemencia; que á ser nosotros jueces con una mano hubiéramos firmado la sentencia de muerte, y con la otra hubiéramos descorrido el cerrojo de su prision. No abundan talentos de su temple en el mundo para segarlos en flor en vez de prodigarlos esmerado cultivo, ni estamos tan abundantes de luces que fuéramos á apagar la estrella refulgente que brillaba en el ocaso; pedir clemencia Plácido? ¡Jamás! su plegaria lo dice; amaba la vida sin temer la muerte, y es bien seguro que nunca se creyó mas feliz, que cuando su inspiracion se remontó á tan grande altura, que cuando habitaba un mundo desconocido y hablando con su Dios despreciaba la justicia de los hombres; la muerte era para él entonces delirio vano, poético ensueño, la gloria, la realidad con que debía encontrarse al despertar.

Esta es su plegaria.

## A DIOS.

Ser de inmensa bondad, Dios Poderoso  
á vos acudo en mi dolor vehemente;  
estended vuestro brazo omnipotente,  
rasgad de la calumnia el velo odioso  
y arrancad este sello ignominioso  
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,  
vos solo sois mi defensor, Dios mio;  
todo lo puede quien al mar sombrío,  
olas y peces dió, luz á los cielos,  
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,  
vida á las plantas, movimiento al río.



Todo lo podeis Vos, todo fenece  
ó se reanima á vuestra voz sagrada;  
fuera de vos, Señor, el todo es nada,  
que la insondable eternidad perece,  
y aun esa misma nada os obedece,  
pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,  
y pues vuestra eternal sabiduría  
vé al través de mi cuerpo el alma mia  
cual del aire á la clara transparencia,  
estorbad que humillada la inocencia,  
bata sus palmas la calumnia impia.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia  
que yo perezca cual malvado impio,  
y que los hombres mi cadáver frio  
ultragen con maligna complacencia,  
suenen tu voz y acabe mi existencia,  
cúmplase en mi tu voluntad, Dios mio.

#### ESTE ES EL JURAMENTO QUE TENIA HECHO.

A la sombra de un arbol empinado  
que está de un ancho valle á la salida  
hay un pequeño arroyo que convida  
á beber de su liquido argentado:  
allí fui yo por mi deber llamado  
y haciendo altar de tierra endurecida,  
ante el sagrado código de vida  
estendidas mis manos, he jurado:  
ser enemigo eterno del tirano,  
manchar si me es posible mis vestidos  
con su execrable sangre por mi mano,  
derramarla con golpes repetidos  
y morir á las manos de un verdugo  
si es necesario por romper el yugo.

Creemos que nuestros lectores no tomarán á mal el  
que traslademos á este lugar algunos versos de PLACIDO,  
como pequeña ofrenda á su desgraciado fin.

Dirigiéndose á la Reina Gobernadora de España decia:

Alguno habrá que con dorada lira,  
mas digna de tu oido soberano,  
cuando sus cuerdas diamantinas vibre,  
cante mas grato, pero no mas libre.

«El corazon no os late? pues en tanto  
Que adorna el firmamento  
el alba pura con nevado manto,  
himnos de gozo sobre el leve viento  
á la region olímpica levanto,  
calle el que tema, yo no temo y canto.»

Júrote ser, si en tus doradas alas,  
al trono de Jehová mi acento elevas,  
Homero en Ilión, Pindaro en Tebas.

Alzo á las nubes atrevido el vuelo,  
y encumbrando mi gloria hasta el Olimpo,  
bajo recinto me parece el cielo.

Si gratos me escuchais, con rauda vuelo  
plegue al Eterno que mi noble canto  
al alto empero resonante suba  
y en perlas torne convertido á Cuba.

El principio de su oda titulada: *La sombra de Pelayo*,  
puede dar una idea de la imaginacion brillante y atrevida  
de PLACIDO.

Cuando los altos montes se estremecen  
de los airados vientos al silbido,  
y las aves y fieras se guarecen  
en cóncavas cavernas, ó perecen  
de la centella al súbito estampido,  
mientras ni el ruisenior ni el cisne canta,  
y todo es susto confusion y duelo,  
altiva entonces la condor levanta,  
ceñida de relámpagos el vuelo.

A su brillante lumbre  
desdeña de los Alpes la alta cumbre,  
impávida y tremenda como Palas,  
y con mirar sereno  
por la region horrrisona del trueno  
bate atrevidas sus potentes alas.

Tal yo, en mitad del general espanto

que incertidumbre por do quier respira,  
pulso risueño la sonante lira,  
vuelo á la cumbre del Olimpo y canto.

Seria interminable el citar hermosas composiciones  
de tan insigne poeta, y baste decir que en los dos tomos  
que de ellas corren impresos, todas son á cual mejores.  
Derramemos una lágrima á la memoria del malogrado  
PLACIDO y que la tierra le sea ligera.

Durante esta quincena los coliseos de la corte han  
estado sumergidos en un profundo letargo. Merece sin  
embargo nuestro pobre elogio la empresa del teatro del  
Circo, por la singular novedad que ha presentado al pú-  
blico madrileño. *Las Treguas de Tolemaida*, ópera seria  
en tres actos, compuesta por el maestro español D. Hi-  
larion Eslava, es el mejor obsequio que al público podía  
hacerse, poniéndolas de la manera que en este teatro han  
sido puestas en escena. Como era natural, no podía me-  
nos de llamar la atención una obra debida al genio, no  
muy comun por desgracia en nuestro país, del aplaudido  
compositor del *Solitario*, y mas cuando tan buenas no-  
ticias se tenían anticipadamente acerca de su éxito en  
los primeros teatros de Andalucía, donde antes se habia  
ejecutado. No se crea, al juzgar nosotros esta producción,  
que el sentimiento de nacionalismo haya de mover nues-  
tra pluma á su capricho; nada de eso: allí donde vemos  
el genio, allí donde habita la inspiración, es á donde se  
encamina nuestro aplauso; y como prueba de esta ver-  
dad, fresco está todavía el debido elogio que en nuestro  
número anterior hemos rendido al autor de la *Favorita*:  
ciertamente que quien nos conozca no ignorará cuán es-  
crupulosos somos para aplaudir, y que no poseemos co-  
mo algunos, ese precioso don, esa joya inestimable, esa  
fortuna inmensa, de encontrarlo todo bueno y por con-  
siguiente de aplaudirlo todo. Hoy por dicha nuestra mu-  
cho es lo que tenemos que aplaudir, si bien alguna cosa  
no podremos menos de censurar. La ópera del Sr. Eslava  
no siendo conocida en la corte, siendo por otra parte de  
un maestro español, y maestro justamente aplaudido,  
era preciso que ocupara á la prensa periódica y que en  
las columnas de esta, se consagrara un espacio á su aná-  
lisis y discusión. Nosotros somos los últimos en tan no-  
ble tarea, y por lo mismo el giro que á nuestro juicio  
crítico pensamos dar, es el de irnos haciendo cargo de  
lo que nuestros estimables colegas han manifestado acer-  
ca del mérito y faltas de esta composición, y habremos  
de hacerlo, si no en el tono que el articulista del *Tiempo*,  
porque eso seria para nosotros rayar muy alto, al menos  
siguiendo en lo posible su consejo; siquiera no hayamos  
recibido de tan profundo maestro lecciones de elegancia,  
cortesía y decoro. Es verdad que dice que sus artículos  
son de antiguo bien conocidos, y en este caso la falta  
está de nuestra parte, que pudiéramos muy bien haber-  
los estudiado, pero lejos de eso ahora nos desayunamos con  
que el articulista es entendido en la materia. El señor  
Fernandez de la Vega, que ya es preciso nombrarle, ha  
escrito un larguísimo artículo en el que habla mucho en  
verdad y dice muy poco por cierto. Si hubiéramos de  
seguirle paso á paso en sus observaciones sobre música,  
seria corto *El Laberinto* é impropio tambien de la gra-  
vedad de este, el tono en que debiera ir la contestación.  
Después de un prólogo pesadísimo en extremo, empieza á  
discurrir acerca del género objetivo y subjetivo con otra  
porción de generalidades y citas de Rousseau, Fetis, Cho-  
ron y La Trage, que así pueden aplicarse á *las Treguas*  
de Tolemaida como al *Soldado del Papa*. Por lo visto el  
trabajo lo tenía el articulista hecho de antemano para la  
primera ópera que se pusiera en escena: se presentaron  
*Las Treguas*, y dijo para su capote: «Hágote crítica de  
*Las Treguas*, si pega porque pega, y si no para cuando  
pegue.» Es de advertir que de todo cuanto en el tal  
prólogo se dice hay muy poco nuevo y si copiadas una  
porción de cosas, tal vez sin saberlo, de un folleto que  
hace poco se publicó acerca del pleito musical de los se-  
ñores Safont y Carnicer. De manera que esta vez que he-  
mos estudiado al articulista, nos hemos acordado de que la  
misma lección estaba en otra parte, siendo de notar que an-  
da tan desacertado, que atribuye el mismo mérito á Bellini  
que á Haydn y Beethoven. Al propio tiempo aconseja al se-  
ñor Eslava que siga la escuela francesa, consejo que no le  
daríamos nosotros. Lo que el señor Eslava debe hacer, en  
nuestra opinión, es consultar el gusto del público. ¿Por  
qué Donizetti cuando se encontraba en Francia con en-  
carga de escribir para la Academia, compuso de tan di-  
ferente modo, de como lo había hecho en Italia? Porque  
consultó el gusto del público francés; y ciertamente que  
si la *Favorita* la hubiera escrito para el teatro de Milan, no  
hubiera hecho fiasco como lo hizo, después de alborotar y  
hacer furor en la Academia Real, popularizándose todos  
sus cantos en la corte de Francia. Así es que el gusto  
del público á quien tan mal trata el articulista de *El*  
*Tiempo*, es el que el señor Eslava debe consultar, pues

aunque ese público no escribe en periódicos, tantas opi-  
niones unánimemente demostradas por los aplausos gene-  
rales, dicen mas que la opinión de una persona que es-  
criba por autorizada que ella sea.

Viniendo ya el articulista al análisis de la ópera, es  
decir de un acto, porque después de tanto preámbulo no  
analiza mas, cosa que nosotros no extrañamos, porque  
siendo el terreno muy resbaladizo era fácil una caída es-  
pantosa: dice, pasando en silencio la *obertura*, como  
si no mereciera analizarse, que el *duo* entre Matilde y Be-  
renguela, sigue en la misma ruidosa instrumentación, sin  
que en las melodías sorprenda la novedad. En cuanto al  
*duo* se ha equivocado, porque no es sino *cavatina* de Ma-  
tilde; y respecto á la instrumentación es tan poco ruidosa,  
que le será muy difícil sino imposible al articulista  
citar otra, cuyo acompañamiento cubra menos la voz.  
Pero después de calificar la melodía de esta pieza de la  
manera que dejamos dicha, añade que el *cantavile* es  
*bellísimo* y que la *cavaletta* es *lindísima*, llena de *dulzura*  
y *novedad*, su armonización elegante y traviesa, su  
*efecto mágico*. Esto es no reparar al escribir un renglon,  
lo que se ha dicho en el anterior; esto se llama contradecir-  
se de una manera clara y manifiesta. Del aria de Lus-  
nán quesigue, cuenta el articulista que *nada le ha sorpren-  
dido*; por qué? las razones se las calla, sin duda por no  
ser *difuso*. Lo que sí le ha sorprendido, es que en la ca-  
valetta del *duo* que sigue, que dice lo cantan los se-  
ñores Spégh y Bonfigli, concluyen en acordes de Calderon  
admisibles solamente en voces claras. Ni el *duo* es con  
Bonfigli sino con Unanue, ni eso de voces claras sabe-  
mos á qué alude, como no quiera decir lo que los franceses  
llaman *voix blanches*, ni acertamos la razón, porque á  
las voces que no son claras ha de alcanzar la prohibición  
del articulista. También se ha equivocado cuando habla  
de la alternativa del tenor y bajo en los versos

*Sacri sono al mol natio*  
«Di nostre alme é sant i affetti, etc.»

Estos dos versos lo mismo que los seis siguientes los  
dicen juntos el tenor y el bajo sin alternativa alguna.  
Habla del coro de guerreros y manifiesta: que es *rico en*  
*armonia*, y *pobre en melodías*, y en seguida se refiere al  
aria del P. Guillermo, y á la *cavaletta* que está antes del *quin-  
tetto final*. En primer lugar, quien lleva la melodía en el  
coro es la orquesta, y es muy extraño que persona tan en-  
tendida en música diga de buena fé que es pobre. En se-  
gundo, lo que canta el señor Barba es una *romanza* con  
coros y no un *aria*, en tercero no hay *cavaletta* y en  
cuarto, no es *quintetto el final* sino *sestetto*. Aquí con-  
cluye el análisis de la ópera; y la razón que tiene al ar-  
ticulista para no seguir analizando, es porque ya en el  
primer acto han aparecido todos los personajes (razón po-  
derosa) ya lo sabe el señor Eslava: cuando escriba otra  
ópera, si quiere que se la critiquen en regla, que ponga  
personajes distintos en todos los actos.

El *Clamor* tambien nos ha dado un artículo de crítica  
de *Las Treguas*, y este periódico que hablando no ha mu-  
cho acerca de los ejercicios de la oposición, que hizo el  
señor Eslava al magisterio de la Capilla Real, le hacia  
muy poca justicia como compositor de música religiosa  
dice ahora: que no basta que el autor de *las Treguas* sea  
un excelente maestro de armonia, contrapunto é instru-  
mentación para hacer buenas óperas; que en *las Treguas*  
hay muchos plagios, tal como el *duetto de tiple* que es  
tomado de la *Norma* y hasta con el mismo tono, y que el  
andante de la *cavatina* de tiple del primer acto que canta la  
Moreno y que indica el violoncello es de Ana Bolena. El  
*Clamor* se ha equivocado por esta vez de la manera mas  
completa. Prescindiendo de la contradicción en que in-  
curre, concediendo hoy al señor Eslava las dotes que le  
negara ayer, el *duetto de las tiple*, no se parece al de la  
*Norma*, sino en que es de tiple: el tono no es el mismo  
ni en el primer tiempo, ni en la *cavaletta*, pues la de  
*las Treguas* está en *si b* mayor y la de la *Norma* está en  
*fa*. Respecto á la *cavatina*, ni la Moreno tiene *cavatina*  
en el primer acto; ni en su aria del segundo indica el  
violoncello el pensamiento del andante: lo que sucede  
es, que precede al andante y al recitado un solo de dicho  
instrumento que ninguna conexión tiene con la Ana  
Bolena. Dice tambien el *Clamor* que en *las Treguas* hay  
cánticos religiosos y este es el tema obligado, el resorte  
continuo que han tocado los émulo del señor Eslava  
desde el primer instante que se presentó en la arena  
teatral. Pero no haga caso de estas inculpaciones vagas  
que no tienen otro fundamento que el de ir dirigidas á un  
maestro de Capilla; y cuando tenga necesidad de com-  
poner cantos religiosos en una ópera, hágalo en buen  
hora y desprecie esas acusaciones, que en la música re-  
ligiosa puede haber mas grandeza y mas filosofía que en  
la profana; esto no obstante, es bien seguro que el *Clamor*  
no podrá señalarnos ni un solo canto religioso en  
*las Treguas*, como no sea que en lo profano encuentre  
sabor de religion.

Contestados estos dos periódicos que son los que mas  
defectos han puesto á esta ópera, y contestados á nuestro



modo de ver con razones, vamos á exponer brevemente el juicio que de esta producción hemos formado. *Las Treguas de Tolemaida* es ópera que reúne en sí buenas y nuevas melodías, nutrida armonía y rica instrumentación.

Como melodías buenas muchas pudiéramos citar por cierto; pero las que mas llegan al corazón, las que se introducen en el alma son: la del andante del duetto entre Matilde y Filipo del segundo acto. *Tafida é spera*; la de la cavaletta del mismo al sueño angelia en cuyo trozo, al unirse las dos voces en aquellas palabras *al seno stringimi* no puede producirse un efecto mas sorprendente y maravilloso; la de la cavaletta del duetto de tiples del mismo acto; las que contienen la *cavatina* del primer acto, el *aria* del tercero de la parte de Matilde y últimamente, las que se hallan en el final del primer acto, cuando el P. Guillermo dice:

*Ah si che gia brilla  
Per mi la vittoria.*

Respecto al interés armónico difíciles señalar está la otra pieza en que mas brille, y se nota muy luego que no hay melodía, por sencilla que ella sea, que no la haya acompañado el señor Eslava por una armonía interesante por lo nueva y agradable en extremo por su naturalidad; digalo sino el acompañamiento del *allegro* de la cavatina de Matilde: *Non van negia mio pensiero.*

La instrumentación de esta ópera es una de las cosas que con mas fundamento han llamado la atención de los inteligentes; la obertura, la introducción, el duetto del primer acto entre Filipo y Ricardo, el final del primer acto y el del tercero son piezas, que sin disputa alguna pueden competir con las mas ricas de Mercadante: bajo este aspecto no debemos dejar que pase desapercibido el primer tiempo del duetto del segundo acto entre Matilde y Filipo, por ser altamente original y de grande efecto, oír cómo se remedan el primero y segundo violín con juguetes delicados, mientras se dicen aquellos sus amores con melodías propias de la situación.

Indicadas las bellezas, resta que digamos algo de los defectos: el mas grande de todos se encuentra en el libretto; en el género malo, preciso es confesar que es lo peor que hemos visto. Así no es de extrañar que careciendo enteramente de situaciones, haya tenido el señor Eslava que violentar en algunos casos los conceptos del poeta. Esto ha sucedido en la cavaletta de Matilde del primer acto y en el andante del duetto de las tiples, cuya poesía por sí sola no es capaz de inspirar á ningún compositor; esto si se quiere no puede tomarse como falta, porque muchas veces los grandes maestros, sacrifican la verdad al efecto. También peca el señor Eslava en algunos trozos por exceso de instrumentación, siguiendo al célebre Mercadante, poco digno de ser imitado en este punto.

La ejecución ha sido bastante regular: por parte de la señorita Gariboldi completa; y el señor Unanue tuvo momentos muy felices: la ópera ha sido puesta en escena por la empresa con un lujo extraordinario, así en trajes como en decoraciones. El público aplaudió frenéticamente la mayor parte de las piezas, y queriendo pagar un tributo de justicia al mérito de un compatriota, pidió repetidas veces el autor, quien se presentó en el palco del ayuntamiento. Nosotros felicitamos sinceramente al señor Eslava, por el triunfo que con su trabajo se ha sabido conquistar, y animamos la esperanza de verle recorrer la senda que con tanta fortuna ha inaugurado para dicha suya y gloria de su patria. La empresa del Circo concedió al autor un beneficio á la tercera representación; de presumir es, que á estas horas el gobierno haya dado alguna prueba de estímulo á quien así se distingue, ya que un particular ha tomado la iniciativa.

Tenemos el disgusto de anunciar á nuestros lectores que Salvatori no se encuentra ya en el teatro del Circo, y que el señor Unanue partirá á primeros del mes entrante para el teatro de San Petersburgo. También el señor Valero ha dejado de pertenecer á la compañía de verso.

Los teatros principales apenas han dado señal de existencia, y solo hemos visto ejecutarse, y muy bien por cierto, algunas piezas del señor Breton. Últimamente se ha puesto en escena el drama traducido por el malogrado Larra, *Don Juan de Austria ó la vocación* que ha gustado bastante, y en cuya ejecución se han distinguido las señoritas doña Teodora Lamadrid y Duran, y los señores Sobrado y Lumbreras. Ha llegado á la corte de vuelta de París la joya de nuestros teatros, la Matilde Díez; muy pronto lo verificará el señor Latorre que tan buen recibimiento ha tenido en Sevilla; y es de esperar que ahora que va refrescando el tiempo, el infatigable cuanto activo señor Lombia, utilice los muchos elementos con que cuenta para dar vida á la escena española.

JUAN PEREZ CALVO.

## CANCIONES DE BERANGER.

EL VIAJE IMAGINARIO.

Asoma el nuevo otoño y en sus húmedas alas  
Aun de nuevos pesares el martirio me trae,  
Y siempre dolorido, pobre y tímido siempre  
La flor de mi alegría palideciendo cae.  
Arrancadme del fango do se arrastra Lutecia;  
Cobijeme otro cielo de mas limpio turquí;  
Ya en mis gratos abrisles deliraba con Grecia.  
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Para mí es importuna toda version de Homero;  
Sí, Griego he respirado, Pitágoras da fé.  
Por madre tuve á Atenas en tiempo de Pericles,  
Del filósofo Sócrates la cárcel visité.  
De Fidias asombrado palpé sus maravillas;  
Abejas del Himeto dormidas sorprendí;  
Ví del ameno Ilisa florecer las orillas:  
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Dioses! un solo día desvanezca mis ojos  
Vivifique mi espíritu la lumbre de ese sol.  
Salúdola de lejos, y libertad me grita,  
Acude, Trasibulo se ostenta vencedor:  
Partamos, ya la nave se brinda á mi deseo,  
No embravezcais las ondas; ¡oh mares! contra mí,  
Permitid que mi musa rauda aborde al Pireo.  
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Si es magnifico el cielo de la florida Italia  
Odiosa servidumbre nubla su terso azul.  
Voga, barquero, voga, llévame compasivo  
Allá donde renace blanca y fúlgida luz.  
Tranquilas ondas surco, rústico nombre crece,  
Fértil campo se viste de rosa y de aleli,  
Y del tirano el impetu en sus playas fenece.  
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Acoged á un salvaje, dadle seguro puerto  
De Atenas castas vírgenes; mi númen alentad  
Por vuestros dulces climas dejo un país avaro  
Donde el genio á los reyes encadenado está.  
Patrocinad mi lira, no la hagan su trofeo,  
Y si mis cantos logran conmoveros así,  
Abrid á mis cenizas la tumba de Tirteo:  
Aquí el postrer suspiro vine á lanzar, aquí.

TODAVIA AMORES.

Todos los dioses de la edad florida  
A solas me dejaron con mis años,  
Sin la esperanza para mi querida  
De que cierren mis ojos sus engaños;  
Dije, y súbito dulce encantadora  
Llega, y su voz anima mis sentidos  
¡Ah! ¡todavía una beldad traidora!  
Aun todos los amores no son idos.

Aun es acaso manantial de pena,  
Mas fatigame ya tanto reposo;  
cuando jóven, sujeto á mi cadena  
Entre desdichas palpité gozoso.  
¡Ah! los dioses me envían, reina bella  
Me vuelves los encantos ya perdidos:  
Rosa de otoño espóñjate para ella  
Aun todos los amores no son idos.

Aun lágrimas encierra mi pupila,  
Aun entona mi voz cántico tierno,  
¡Cantos y amor! pues la beldad destila  
Fuego que inflama al aterido invierno.  
Todo sonríe flores con mas galas  
Campos mas verdes, cielos mas lucidos  
Surcan vientos mas dulces leves alas,  
Aun todos los amores no son idos.

A LOS JÓVENES.

Al bendecir un cielo de dulzura  
Sobre la playa descansando un día,  
Llorad á los marinos sin ventura  
Víctimas ¡ay! de tempestad bravia.  
Bien merecen alguna preza del mundo  
Hombres que en su fatiga y desamparo,  
Antes de sumergirse en lo profundo  
Os señalaban con su dedo el faro.

A. F. DEL RIO.

## ANUNCIOS.

### LOS ESPAÑOLES

#### PINTADOS POR SÍ MISMOS.

Colección de artículos originales de nuestros mas célebres escritores. Retratos tirados á parte, en papel de color, grabados en madera, distribuidos en el texto. Edición de lujo.—Se suscribe en la librería de D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, á 3 rs. entrega en Madrid y 4 en las provincias, franco de porte; para los señores suscritores al *Nuevo Avisador*, á 2 rs.



El bandolero.

Deseando el Editor de esta obra que sea estensivo su conocimiento á todas las personas que favorecen otras publicaciones de su casa, ha resuelto que los suscritores al *Diario de Avisos* disfruten la ventaja del real que se hace á los del *Nuevo Avisador*, por manera que cada entrega de los *Españoles pintados por sí mismos* no les tendrá de coste mas que dos REALES VELLON.

Van publicadas ya OCHENTA Y CUATRO entregas. Dentro de pocos días saldrán *La Cigarrera*, por D. Antonio Flores, y *El Accionista de Minas*, por D. P. Madrazo.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS  
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.  
Calle de Carretas, núm. 8.